

**ZONA
LIBRE**

*Cecilia A. Romero
Lengua y Literatura*

Tatuajes

SANDRA SIEMENS

Norma

www.librerianorma.com
www.kapelusznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,
San José, San Juan, Santiago de Chile

TALA

Eloy

Cuando llegó esa carta que hizo llorar tanto a mi mamá, yo estaba en la casa de mi amigo el Álvaro cambiando sus chapitas de Kola Inglesa por mi colección de sellos. Volví a casa en bici con los bolsillos llenos de chapitas y pasé directamente al patio.

Vivimos en El Callao porque ahí está el puerto más grande del Perú y mi papá trabaja en el puerto. Antes de que yo naciera trabajaba arriba de los barcos y navegaba por todos los mares. Así la conoció a mi mamá. Su barco llegó a la isla donde ella vivía, se enamoraron y se vino a vivir con él al Perú.

Por eso mi mamá habla raro y se llama Marie en vez de María. Porque en esa isla la gente habla francés. Ahora ya aprendió a hablar español, pero igual me enseña palabras y canciones en francés y me dice *petite mulot*, que quiere decir "ratoncito".

Nuestra casa es de color verde y tenemos un patio chiquito, y en el fondo del patio hay un árbol que se llama "tamarindo". Lo plantó mi mamá porque le hace acordar a la isla donde nació. Ahí, debajo, tengo escondido mi tesoro de chapitas marcadas de Kola Inglesa.

No sirve cualquier chapita, solamente las marcadas tienen premio. Si llevas una chapita marcada te dan una bolsa de *toffees*. Tres chapitas: un bizcocho. Me dijo el Álvaro que si junto mil chapitas me dan un televisor. En casa no tenemos. Mis abuelos, que viven en el centro de Lima, sí tienen uno. Yo quiero ganarme un televisor para mirar *Astroboy* en el canal cuatro.

Ya junté muchas chapitas. Las guardo en una bolsa de *nylon* y las meto en el fondo del pozo que hice debajo del tamarindo. Después tapo el agujero con una piedra y encima pongo un sillón de hierro para que nadie sospeche. Es mi lugar secreto.

El día que llegó esa carta yo estaba escondiendo las chapitas que me había cambiado el Álvaro cuando escuché llorar a mi mamá.

Estuvo llorando mucho rato. Después, cuando paró, me dijo que su padre había muerto y que ella tenía que ir a buscar a su madre, que se había quedado sola.

Yo no conocía a esos abuelos. Mis abuelos eran Arnaldo y Margarita, los papás de mi papá. Los que vivían en el

centro de Lima y tenían un televisor en el que yo miraba *Astroboy*, el niño de las estrellas.

Como no sabía qué decir le pregunté a mi mamá cómo se llamaba ese abuelo al que yo no conocía.

Kaleo.

¿Y la abuela?

Taia, dijo mi mamá, y otra vez se largó a llorar.

Yo la abracé y también me largué a llorar. No por mis abuelos porque no los conocía, pero me daba tristeza mi mamá.

El viaje duraba como dos meses. Mi mamá me mostró en un mapa dónde quedaba su isla. Tenía que tomar un barco en El Callao y cruzar todo el océano Pacífico porque Hiva'Oa quedaba justo en la otra punta. Ahí tenía que buscar a mi abuela Taia, subirla al barco y volver derecho por el mismo camino a través del océano. Era un viaje muy largo.

Taia

Kaleo descansaba sobre una estera de pandano en el piso de su casa. Era uno de los últimos que quedaban con el pe'a, el tatuaje de los hombres, el cuerpo completamente pintado de trazos negros, también la cara. Cuando murió Kaleo tenía ya setenta años, pero seguía conservando un cuerpo hermoso. Muchas personas pasaron a despedirse de él porque había sido un buen hombre. Taia estuvo sentada sobre las rodillas al lado del cuerpo muerto de su esposo durante toda la noche. Le cantó

muy bajito, casi susurrando, antiguas canciones samoanas. Las repitió una y otra vez hasta que empezó a amener. Quería acompañarlo en el inicio del viaje hacia su muerte. No lloró en ningún momento. Había sido un buen esposo con ella. La había cuidado mucho. Sobre todo durante esos últimos años, en los que Taia había empezado a perderse y la memoria se le había llenado de agujeros.

A media mañana llegó el pastor, los hombres ayudaron a poner el cuerpo de Kaleo en una caja de madera y lo enterraron en el cementerio protestante de Atuona.

Taia era de ascendencia samoana, pero había nacido y vivió siempre en una aldea cerca de Atuona, la capital de la isla de Hiva'Oa, en la Polinesia francesa.

[Se casó con Kaleo cuando tenía quince años. Al poco tiempo nació Estelle, que murió antes de cumplir los cinco. Y después nació Marie.]

Taia no quería irse de su aldea, pero su cabeza no funcionaba bien y nadie podía cuidarla como lo había hecho Kaleo.

Cuando Marie llegó a Atuona, Taia la llevó a la tumba de su padre en el cementerio protestante.

Ella, mientras tanto, fue al cementerio católico a visitar la tumba de Gauguin.

Sentada debajo del árbol que crece junto a la tumba, Taia pensaba que estaba a punto de emprender el viaje inverso al que había realizado Gauguin. Él, que había pasado su niñez en el Perú y murió en la isla de Hiva'Oa. Ella que había nacido en Hiva'Oa, iba a morir al Perú.

Cuando más tarde Marie le preguntó acerca de esa visita, Taia le contó que antes de conocer a Kaleo ella había sido la mujer de Gauguin.

La última mujer de Gauguin.

Eloy

Mi papá me dijo que mi abuela Taia no era como mi abuela Margarita.

¿Por?

Para empezar, tiene las piernas tatuadas, me dijo.

¿Las piernas tatuadas? ¿Tatuadas cómo?

Ya lo verá con sus propios ojos, Eloy, me dijo mi papá.

Una vez, en el puerto donde trabaja mi papá, vi un hombre calvo que tenía un corazón con una flecha en un brazo. Pero no creo que mi abuela tenga corazones con flechas en las piernas.

Taia

Tenía los muslos completamente tatuados. Se los tatuó antes de que Gauguin muriera, cuando se convirtió en su vahine.

El malu era el tatuaje que se hacían las niñas de su pueblo cuando se convertían en mujeres. Taia tenía trece años cuando fue la mujer de Koké. Aunque solamente vivieron juntos unos pocos meses del año mil novecientos tres. Exactamente hasta mayo, cuando él murió.

El nombre de Koké se lo había puesto Tehamana, su primera mujer en Tahití.

Era muy hermosa Tehamana. Gauguin estaba loco por ella, pero igual un día tomó un barco y volvió a Francia y Tehamana se casó con otro hombre.

Koké había viajado mucho y había tenido muchas mujeres. Tenía una mujer blanca en Europa y varios hijos blancos como ella. Pero no se quedó con esa mujer. Odiaba vivir ahí. Al volver a Tahití se casó con Pahura, que también era hermosa como Tehamana.

Cuando se cansó de Tahití y se fue a vivir a Hiva'Oa, Koké tenía cincuenta y tres años. Aunque ya era un hombre viejo y enfermo y tenía las piernas llenas de úlceras, las autoridades de la isla no estaban para nada felices de tenerlo ahí. Koké era un rebelde que les complicaba la vida.

La primera vez que Taia lo vio, él estaba viviendo con Vaeoho y ella esperaba un hijo.

Taia iba al colegio de Santa Ana, en Atuona. Una tarde ella y sus amigas se escaparon de las monjas para ir a la *Maison de Jouir*. Así decía el cartel que estaba en la entrada de la casa de Gauguin; en francés quería decir *Casa del Placer*.

En el jardín de adelante había dos esculturas eróticas que a Taia y a sus amigas les causaron mucha gracia porque todos en Atuona sabían que representaban las figuras del obispo Martin y de su ayudante, Teresa.

Ellas iban a la casa de Koké porque querían ver su famosa colección de fotos eróticas. Aunque no se lo habían dicho, él lo sabía.

Esa tarde Vaeoho limpiaba unos pescados en la cocina y Koké las dejó hacer. Se quedaron varias horas tapándose la risa y mirando y volviendo a mirar cada una de esas fotos prohibidas.

En ese entonces él estaba muy mal. Los problemas de los ojos habían empeorado. Y a muchas de las amigas de Taia les daban asco sus piernas llenas de llagas purulentas y hediondas. Koké se ponía emplastos con ungüento de mostaza y se las cubría con vendas. Pero no se cambiaba las vendas todos los días y las piernas terminaban oliendo mal.

Eloy

Mi abuela llegó a casa en abril. Lo primero que hice fue mirarle las piernas. Pero no pude ver nada porque tenía medias gruesas y una pollera de floritas que le llegaba a los tobillos.

Salut, salut, nos saludó a mi papá y a mí. Pero nada de abrazos como los de mi abuela Margarita. Nos saludó de lejos.

Mi mamá le mostró la cama en la que iba a dormir, al lado de la mía, en mi cuarto, y se fue a hablar con mi papá y a acomodar las valijas y las cosas del viaje.

Cuando nos quedamos los dos solos, mi abuela me clavó los ojos, que son iguales a los míos. Mi mamá siempre me dijo que yo tengo los ojos de su madre. Y un poco también los de ella, porque mi mamá y mi abuela tienen los mismos ojos negros y grandes como almendras

Aunque las almendras no son negras, son marrón clarito. Las probé en Navidad y no me gustaron. Me clavó los ojos y me preguntó:

¿Où est Koké?

¿Koké?

¿Où est?

No sé.

No sabía dónde estaba Koké. Tampoco sabía quién era. Mi abuela Taia se puso un poco nerviosa y yo también. Empezó a caminar por toda la casa como atontada. Mi casa no es muy grande y mi abuela caminaba sin prestar atención, chocaba contra las paredes como un pajarito enjaulado. Una vez yo atrapé un gorrión y lo metí en una jaula y el gorrión se chocaba todo tratando de salir, así como mi abuela. Hasta que al final mi abuela salió al patio y vio el tamarindo. Ahí apuró el paso y caminó derecho hasta el sillón de hierro, se sentó arriba de mi tesoro y no se movió más en toda la tarde.] 12 110

Taia

[Taia y sus amigas siguieron yendo a la casa de Koké. Una de las veces las recibió un cocinero nuevo. Koké lo había contratado porque Vaeoho se había ido a la aldea de sus padres y no iba a volver más.

El cocinero les sirvió jugos y mangos frescos. A Koké le gustaban esas visitas.

Parecen una bandada de pájaros chillones, les decía al verlas revolotear por toda la casa.

Una tarde, cuando ya estaban terminando las clases, Taia y sus amigas volvieron a lo de Koké. Llamaron al entrar pero nadie contestó. Como ya sabían dónde estaban las fotos que querían ver, fueron directamente al estudio.

Algunas chicas abrieron la caja de madera tallada, sacaron las fotos y empezaron a reírse como siempre. Taia, en cambio, se había quedado mirando un cuadro que había pintado Koké.

Más tarde supo que ese cuadro se llamaba *Cuentos bárbaros*. En esa tela estaba Tohotama, la mujer de un amigo de Koké, con su pelo rojo hasta la cintura. Algo le pasó a Taia al ver esa imagen. Algo mágico que nunca pudo entender.

Mientras sus amigas se divertían con la colección de fotos de Gauguin y él estaba tirado en su cama, medio adormecido por el láudano que había tomado para los dolores, Taia no podía desprenderse de aquel cuadro.

En una parte de la tela había una figura de un hombre con cara de demonio, que espiaba. Un *tupapau*. A Taia ese hombre-demonio le había helado la sangre. Llenaba todo el estudio de inquietud. Sin embargo, delante de él estaba Tohotama con su cabello rojo lleno de pequeñas flores blancas. Hermosa. Hermosa. Sentada sobre sus rodillas mirando afuera del cuadro sin el menor miedo de ese demonio. Hermosa y valiente. No estaba sola, había otra mujer, aunque no era tan bella como Tohotama. Y había lirios blancos y frutas rojas y amarillas. Y atrás se veían orquídeas rosas y una nube como un río.

A Taia ese cuadro le había provocado espanto y amor. Probablemente lo mismo sintió por Koké.

[A]l atardecer, cuando sus amigas se fueron, Taia se quedó. Esa noche él la invitó a dormir y ella se acostó a su lado.

Él le acarició los pómulos y la nariz y la boca y los pechos y el vientre y el pubis y los muslos, y luego le pidió que se diera vuelta y le siguió acariciando las orejas y el cuello y la espalda, siempre con las yemas de los dedos, lentísimos, inquietos como alitas de libélulas, porque en esa época las manos de Koké habían empezado a temblar.

Así, hasta que los dos se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente Taia se fue antes de que él se despertara. Y durante semanas continuó entrando y saliendo de su casa, silenciosa como un gato

Eloy

Mamá, ¿quién es Koké?

No sé, Eloy. La abuela no está muy bien de la cabeza. Se pierde un poco y se confunde. Durante todo el viaje estuvo repitiendo lo mismo, como un disco rayado. Que antes de casarse con mi padre, fue la mujer de Gauguin.

¿Gauguin es Koké?

Eso dice tu abuela.

¿Y quién es Gauguin?

Paul Gauguin fue un pintor muy famoso.

¿Y es cierto lo que dice la abuela?

No sé, petite mulot, pero usted sígale la corriente, no la contradiga.

Taia

Taia se pasaba horas en el estudio mirando a las mujeres hermosas que Koké había pintado en sus telas, cargadas de rojos, verdes, naranjas y azules. Todas con las pieles doradas y largos cabellos adornados de flores blancas.

Sintió envidia de esas mujeres. Ella sabía que no era hermosa.

Koké no la había elegido como había elegido a las otras. Ella lo había elegido y él se había acostumbrado a ella. A su canto. Porque sí tenía una voz hermosa cuando era joven. Y le cantaba. Todo el día. A veces también le cantaba para que se durmiera.

Una noche de calor agobiante Taia soñó con sus piernas tatuadas. Soñó que Koké la pintaba en una tela con sus muslos tatuados y que así, de esa manera, ella sería tan hermosa como cualquiera de las otras mujeres que él había pintado.

A la mañana siguiente se levantó temprano, antes de que él se despertara, y se fue al interior de la isla a hablar con su madre para que buscara al tufuga. Había llegado el momento de tatuarse su malu. Ya no era una niña, era la vahine de Koké.

Eloy

Tenía razón mi papá cuando me dijo que esta abuela no era como la otra. Mi abuela Taia no sabe ni una palabra de español. Bueno, algunas sí, pero tan pocas no sirven para

nada. Como mi mamá y mi papá se van a trabajar temprano, mi mamá me pidió que le tenga paciencia y que le hable. Cuando vuelvo de la escuela, y también antes de irme, le hablo. Pero yo le hablo en español y ella me habla en francés. No sé si le interesa que yo le hable, me parece que le gusta más hablar sola. Vive sentada debajo del tamarindo diciendo cosas del Koké ese. También canta todo el día. A mí me gusta cuando canta.

A veces, cuando canta una canción que me enseñó mi mamá cuando era chico: *Au clair de la lune, mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot*, yo la canto con ella y se ve que le gusta porque se ríe. Mi abuela Taia tiene todos los dientes bien blancos, no como mi abuela Margarita, que los perdió y se tuvo que hacer unos que se saca a la noche cuando se va a dormir. Tampoco tienen el pelo parecido. Mi abuela Margarita lo tiene corto y gris. Y cada tanto va a la peluquería y le hacen unos rulitos. No sé para qué, porque cuando se peina se los estira y el pelo le queda inflado como un globo.

Mi abuela Taia tiene el pelo negro, negro y largo hasta la cintura. No lo usa suelto, pero cuando se despierta a la mañana yo lo veo. A la mañana parece que el pelo le crece porque se le abre como un paraguas. Después ella se lo ata con unas cintas y se va para el tamarindo.

Taia

A mitad de enero Taia partió sola al interior de la isla para hablar con sus padres acerca de Koké y para pedirle

a su madre que buscara al tufuga.

Llevaba una carta de Gauguin. Él en persona debería haber ido a hablar con sus padres pero no hubiera resistido el viaje. Apenas podía mantenerse en pie durante unas horas para ir a su estudio y después caía agotado.

Escribió una carta muy amable en la que invitaba a los padres de Taia a su casa de Atuona, cuando quisieran ir.

Su padre solamente le preguntó si estaba segura de querer estar con ese hombre viejo y enfermo.

Taia respondió que sí.

La madre de Taia avisó entonces al tufuga.

Desde que los misioneros habían llegado para evangelizar las Islas Marquesas, el tatau estaba prohibido; por eso el tufuga tenía su casa bien adentro, escondida en el corazón de la isla.

A Taia la acompañaban todas las mujeres de la familia: su madre, sus tías, sus abuelas. Los únicos hombres presentes eran el tufuga y sus dos ayudantes, que tenían el cuerpo y la cara completamente cubiertos de tatuajes negros. Los tres eran flacos, pero el más flaco de todos era el tufuga.

Antes de empezar, el tufuga cantó una oración para que su mano fuera precisa. Dijo:

El malu es el tatuaje de las mujeres.

Una constelación de puntos y de líneas que imitan a las estrellas del cielo y a las medusas y a las estrellas del mar.

El malu es leve y etéreo.

Las estrellas siempre son las que guían a los hombres.

Eloy

El domingo mi mamá y mi papá salieron temprano. Iban en tren hasta Lima y volvían al mediodía. Yo me quedé con la abuela Taia, que se había levantado un poco nerviosa. Ni se ató el pelo ni nada. Agarró una libreta celeste que guarda debajo de la almohada y así nomás salió al patio y se sentó debajo del tamarindo.

Como mi abuela también come ahí, mi papá le armó una mesita para que apoye las cosas. Yo le llevé un vaso con jugo de naranjas y un plato con galletas y los dejé sobre la mesa.

¿Et Koké?

No sé, no lo vi.

No se tomó el jugo ni se comió las galletas. Nada más acariciaba la libreta celeste.

En un momento me miró y me hizo señas para que me acercara. Yo me arrodillé enfrente de ella y mi abuela abrió la libreta y me mostró unos dibujos. No entendía nada de lo que me decía salvo cuando repetía *Koké* y cuando me señaló un dibujo con un dedo y me dijo *étoile*. Estrella. Yo sabía que *étoile* quería decir "estrella". Me dijo: *étoile de mer*. Y señaló otro dibujo y dijo: *étoile du ciel*.

Después hizo lo que yo más quería. Me mostró los tatuajes de sus piernas. Mi mamá me había pedido que no la molestara y yo no la había molestado. Ella sola, porque sí, se levantó la pollera como se la levantan las lavanderas y volvió a señalarme con el dedo: *étoile de mer*, *étoile du ciel*. Y siguió hablándome y hablándome cosas que yo no entendí. Hablaba sin parar mientras señalaba los

dibujos de sus piernas. No tenía un solo corazón ni una sola flecha. Por ahí miraba y me parecían pájaros volando. Y por ahí me parecía una red como las de los pescadores del puerto donde trabaja mi papá. Pero tenían que ser estrellas, porque mi abuela me decía *étoile*. *étoile de mer*, *étoile du ciel*.

Me quedé con la boca abierta. Nunca me había imaginado que las piernas de mi abuela podían ser así.

De golpe Taia se bajó otra vez la pollera y empezó a decirme algo mientras movía las manos como si escribiera en el aire.

¿Pintar? ¿Quiere pintar?

Mi abuela me señalaba a mí.

¿Me quiere pintar a mí?

Étoiles.

No entendía bien pero fui adentro y agarré mi frasco de tinta china y mi pincel de dibujo. Cuando se los mostré, mi abuela sonrió grande con sus dientes blancos, que eran de ella porque no se los sacaba a la noche.

Me hizo sacar la camisa y acostarme sobre una lona que puso sobre el pasto. No hacía frío porque eran más de las diez y el sol ya calentaba. Mi abuela se sentó sobre sus rodillas al lado mío, mojó el pincel en la tinta china y empezó a dibujarme el pecho.

Tu fuga.

¿Tu fuga?

Tu fuga.

El pincel me hacía cosquillas pero cerré los ojos y me quedé lo más quieto que pude. ¿Qué me estaría dibujando? ¿Estrellas? ¿Pájaros? A veces dibujaba una raya,

porque yo sentía el frío de la tinta como un caminito de babosa.

Au clair de la lune, mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot.

Cuando llegó mi mamá y me vio con todo el pecho pintado con tinta china se puso furiosa. Mi mamá me había pedido que le tuviera paciencia pero ella no le tenía ni un poquito porque estuvieron gritándose un rato largo con mi abuela.

Después, cuando terminaron de discutir, mi mamá me metió en la ducha y me refregó con la esponja hasta que me quedó toda la piel colorada.

¡Basta, mamá, me está haciendo doler!

Usted se lo buscó.

Yo no me busqué nada.

Al final la tinta china no salió. Al otro día fui a la escuela con el pecho un poco azul, pero debajo de la camisa no se notaba.

Taia

Tatau significa "golpear heridas" Ta'tau. Ta'tau. Ese era el sonido que se escuchaba cuando el tatuador golpeaba el mango del peine que se clavaba en la piel con la pequeña maza de madera del árbol del pan. Varilla contra varilla. Ta'tau. Ta'tau.

Era un ritual doloroso. Un viaje espiritual. Un viaje hacia el interior y también hacia afuera. Hacia una nueva etapa de la vida.

Eloy

Mamá, ¿qué es un tufuga?

Taia

[El tufuga era un mediador entre los dioses y los hombres.]

El tufuga sabía ver las verdades que se escondían en los zorros voladores, en los kiwis, en las mariposas. Las verdades de las canoas y de las estrellas de mar. Todas las verdades de la naturaleza. Las guardaba en su pecho y después las tatuaba en los cuerpos de los hombres y las mujeres.

La caja en la que el tufuga guardaba sus instrumentos se llamaba tulama y estaba hecha con la madera del árbol del pan, con la que también se hacían las canoas y las casas.

En la tulama se guardaban los peines. Cuatro en total. Uno para los dibujos pequeños, otro para las líneas gruesas, el tercero para las líneas finas y el cuarto para rellenar las zonas negras. Cada uno de los peines tenía su nombre. Se fabricaban con los caparazones de las tortugas o de los caracoles marinos. Aunque también había de dientes de cerdo, como los que el tufuga había usado con Taia, que eran de colmillos de cerdo. Las puntas afiladas como cuchillos.

En la caja también había nueces de kukui carbonizadas. Con el hollín negro de esas nueces se preparaba la tinta.

El kukui, o nuez de la India, tenía un aroma muy dulce. Cuando Taia era pequeña las nueces de kukui se quemaban para iluminar. Y antes, la gente de su pueblo las usaba para medir el tiempo. Como un reloj. Taladraban las semillas y las enhebraban con hojas de palmera, como un largo collar. Por la noche, encendían uno de los extremos y las nueces se iban consumiendo poco a poco. Después contaban las nueces quemadas y sabían cuánto tiempo había pasado.

Eloy

Al único que le conté de los tatuajes de mi abuela fue al Álvaro. Le pedí que no dijera nada. Pero me parece que les contó a todos los de fútbol porque después del partido empezaron a caer de a uno. El Aníbal, el Chucho, el Miguel y el Álvaro. Me traían de regalo chapitas de Kola Inglesa. No sé cómo habrán conseguido tantas chapitas marcadas.

Pasamos todos a mi dormitorio y los dejé espiar desde la ventana que da al patio.

No se veía mucho porque la pollera de mi abuela le tapaba hasta las rodillas. Y tampoco se veía mucho porque la ventana de mi pieza no es muy grande y el Chucho y el Miguel se peleaban por el lugar.

En eso entró mi papá. Se paró en la puerta y nos miró.

Los chicos se quedaron mudos de golpe. Mi papá no dijo nada. Nada más nos miraba con los brazos cruzados.

El Chucho fue el primero que saludó y se fue. Y atrás del Chucho saludaron y salieron todos los demás.

Mi papá no se movió de la puerta en la que estaba apoyado. Cuando nos quedamos los dos solos, me dijo:

¿A usted le parece que su abuela es un fenómeno de circo, Eloy?

Yo miré la pila de chapitas sobre mi mesa de luz y después miré a mi abuela hablando sola, sentada debajo del tamarindo, y se me hizo un nudo en la garganta.

¿Y ahora por qué llora?

No lloro.

¿Adónde va, Eloy? ¿Desde cuándo sale sin permiso?

Yo agarré las chapitas, me las puse en el bolsillo y salí corriendo a devolverlas.

Taia

En silencio, debajo de los árboles, el tufuga se sentó con las piernas cruzadas sobre una estera. Comenzó a mezclar el hollín de las nueces con aceite de coco, y cuando terminó le indicó a Taia que se acostara boca abajo.

Desnuda sobre la esterilla, veía unas flores lilas con forma de campana y largos tallos que se movían con el viento. Taia trató de perderse en ese mirar para no pensar en el dolor, pero no había manera de evitar el dolor porque el dolor era parte del *malu*.

Cuando el tufuga le clavó el peine en el muslo, las *vahines* de la familia empezaron a cantar para ayudarla a soportar el dolor. Cantaban marcando el ritmo con las palmas y con los pies.

Aunque Taia tenía unos muslos gruesos y fuertes, cuando el *tufuga* clavó el peine en la piel sintió una puntada que le llegó al estómago. Uno de los ayudantes le sostenía las piernas para que las líneas negras que marcaba quedaran perfectas y el otro limpiaba la sangre con un lienzo.

En el nacimiento de su glúteo el *tufuga* primero trazó un pequeño ángulo con los lados abiertos para arriba. Luego hizo otro debajo, siguiendo una línea. Y así siguió. Uno detrás del otro, como si fueran pájaros volando. Esa línea diagonal cruzaba todo su muslo y llegaba hasta las rodillas.

El *tufuga* tenía la mano firme. Mojaba el peine para líneas finas en el cuenco de coco pulido en el que había preparado la tinta negra y daba golpecitos con la regularidad de una máquina. *Ta'tau. Ta'tau.*

Cuando terminó la hilera de pequeños ángulos que eran como pájaros o como las estrellas del cielo, hizo cinco hileras más, paralelas, a tres centímetros de distancia una de otra. Después tatuó otras seis líneas de estrellas que cruzaban a las anteriores. El muslo quedó cubierto por una red de hilos de estrellas igual a las redes de los pescadores.

Cada tanto el *tufuga* se detenía y se quedaba unos minutos en silencio.

Pensaba en cómo seguir porque el *malu* estaba guardado en su pecho y él lo iba sacando para marcarlo en las piernas de Taia.

Mientras duró el *tatau* nadie comió ni bebió nada. Cada golpe dolía más. Taia tenía los ojos apretados y trataba de

escuchar el canto de las *vahines*. [De vez en cuando los abría para mirar cómo el viento suave balanceaba las flores lilas, hasta que ya no vio ni escuchó nada porque se desmayó.]

Antes de que se fuera la luz del sol el *tufuga* había alcanzado a tatuar las estrellas del mar. Cambió de peine y en cada uno de los espacios vacíos que formaban la red que le cubría el muslo, dibujó cuatro pequeñísimos pétalos con forma de cruz.

El dolor era constante y la pierna de Taia estaba muy hinchada, caliente y roja, como si la hubieran picado miles de avispas.

[Cuando el *tufuga* terminó de completar los huecos con los pétalos en forma de cruz, ya el sol se estaba apagando.] La mamá y las tías de Taia la ayudaron a pararse y la llevaron hasta la choza que el *tufuga* había preparado para ellas. La obligaron a comer unos bocados de plátano frito y a tomar mucha agua fresca. Ellas, afuera, siguieron cocinando y cantando hasta bien entrada la noche. Taia se acostó boca abajo y se quedó escuchando el ruido de los lagartos que anidaban en las hojas del techo hasta que se durmió.

Cuatro días le llevó al *tufuga* completar el tatuaje de sus piernas. Cuando terminó le cubrió los muslos con aceite de coco.

Para festejar, las mujeres de su familia la animaron a que bailara. Ella se puso de pie y apenas consiguió balancearse, porque el dolor todavía era grande y tenía las piernas pesadas por la hinchazón.

Pero pudo sentir el *malu*. El *malu* estaba siempre en movimiento. Las mujeres estaban siempre en movimiento.

Le pareció hermoso ver cómo la constelación de puntos y de estrellas de sus piernas se movía y brillaba con el aceite de coco.

Malu significa "casa y protección". Ahora Taia estaba protegida. Y también iban a estar protegidos quienes quedaran al amparo de las estrellas de sus piernas. En ese momento Taia pensó en Koké.

Cuando terminó la danza, el tufuga rompió un huevo en su cabeza y le dijo:

Has sido valiente, has soportado el dolor. Ahora eres una persona recién nacida.

Después de eso Taia pasó un tiempo con su familia antes de volver con Gauguin.

Eloy

El miércoles mi papá me dio dos soles para que me comprara una Kola Inglesa que cuesta un sol con cincuenta y me dijo que me guardara el vuelto. ¡Y tuve suerte porque la chapita estaba marcada! Cuando volví a casa la guardé en el cajón de mi mesa de luz. Estos meses en los que mi abuela me ocupó el lugar secreto tuve que esconder las chapitas en mi mesa de luz, pero no es un lugar seguro. Me parece que no me falta tanto para llegar a mil y me voy a ganar el televisor.

Pero además de mi escondite secreto, me preocupa mi abuela. Me parece que está triste. A mí me da pena que se pase el día hablando sola y que no quiera salir. Y que se enoje, como el otro día, porque no encontraba el cuadro de

una mujer de pelo rojo. Yo le seguí la corriente y la ayudé a buscarlo por toda la casa, hasta que al final se cansó y se sentó otra vez debajo del tamarindo y se quedó como perdida. Para mí que estaba haciendo memoria. A lo mejor lo había dejado en su otra casa, allá en la isla que queda en la otra punta del océano Pacífico, y no se acordaba.

Taia

Taia recordaba perfectamente la tarde en que volvió a la casa de Koké.

Estaba cansada porque habían sido muchas horas de caminata hasta Atuona, pero el viaje había sido agradable. Había juntado un gran ramo de flores de hibisco rojas y anaranjadas. Estaba feliz.

Con el pareo anudado a la cintura, había andado todo el camino mirándose las estrellas de las piernas, imaginando la cara que pondría Koké cuando las viera.

Cuando llegó, la casa estaba llena de gente que hablaba a los gritos.

En ese momento no lo sabía, pero al día siguiente Taia se iba a enterar de que Gauguin tenía que presentarse a una audiencia. Querían condenarlo a pagar una multa y a tres meses de cárcel por haber difamado a la autoridad de la isla. Tioka le iba a contar que lo que más enfurecía a Koké era pensar en lo felices que debían estar el gendarme Claverie y el obispo Martin.

Taia no entró a la casa; se sentó en la escalera de atrás a esperar que los invitados se fueran. Había caído una lluvia

breve y todos los perfumes brotaban con más fuerza. El aire estaba cargado del olor dulce de los tamarindos.

Como la reunión se prolongaba, Taia se escurrió entre la gente y esperó a Gauguin en el dormitorio. Puso las flores en agua y se tiró en la cama a descansar las piernas. Él subió muy tarde. Estaba irritado, borracho y respiraba con dificultad.

Taia había desatado el nudo del pareo para que Koké viera la constelación de estrellas que traía en los muslos. Pero él apenas la acarició con su mano temblorosa.

Ya no veo, le dijo.

A esta hora no veo. Mañana, con luz.

Se tiró en la cama ciego de dolor y le pidió a Taia que buscara en la repisa una jeringa y un frasco y que lo inyectara. Ella nunca había hecho eso, le daba miedo. Gauguin, furioso y llorando, le arrancó la jeringa de las manos y se la clavó en el abdomen. Y siguió llorando o murmurando hasta que se durmió.

Ella se acostó a su lado, los dos boca arriba. Las piernas de Koké estaban envueltas en unas vendas sucias y con olor a podrido. Taia apoyó una mano sobre el corazón de él; latía como si tropezara. Por momentos se quedaba inmóvil y luego volvía a arrancar.

Era una noche calurosa y por la ventana seguía entrando el aire cargado del aroma agri dulce de los tamarindos.

Taia se estiró a lo largo. Sus piernas cubiertas de estrellas y con olor a aceite de coco brillaban pegadas a las piernas de Koké. De golpe tuvo ganas de llorar. No lloró mucho, unas pocas lágrimas, porque ella también estaba cansada, y se quedó dormida.

Eloy

Es la procesión del Señor del Mar. Mi papá siempre va porque dice que el Señor del Mar nos protege. Yo también voy todos los años y a veces cuando mi papá lleva el palio, que es una tabla en la que ponen al Señor del Mar, por las calles de El Callao, yo voy adelante con él y con los demás hombres. Mi mamá también va.

Este año no fui porque me quedé con mi abuela Taia. Ella no cree en el Señor del Mar.

El tamarindo está lleno de flores amarillas y en el patio hay un perfume que yo pensé que a mi abuela le iba a gustar. Pero no sé qué tiene, está muy triste.

Otra vez empezó a preguntar por la mujer de pelo rojo que parece que se llamaba *Tojotama*. Yo no sé qué hacer para que no esté triste.

Le dije que pronto me iba a ganar un televisor y que los dos íbamos a poder mirar *Astroboy*. Y casi le cuento de mi escondite secreto, pero al final no le conté nada.

Igual no le importó lo del televisor.

Se soltó el pelo y se lo empezó a peinar y me dijo una cantidad de cosas que no entendí. Solo entendí dos palabras.

Cheval.

Rouge.

De golpe se me ocurrió una idea. ¿Y si le pintaba el pelo de rojo así quedaba igual que *Tojotama*? Seguro que eso la iba a poner contenta.

¿Pero con qué se pintaría el pelo? Las únicas pinturas rojas que había en mi casa eran las de mi clase

de Arte. Busqué el pote rojo y me encerré en el baño para probar si pintaba. Como tengo el pelo bien cortito no fue nada difícil. Me acomodé frente al espejo, me puse un poco de pintura roja en cada mano y me fui frotando igual que cuando me lavo con champú. ¡Sí pintaba! El pelo quedaba un poco duro pero súper. ¡Bien rojo!

Salí del baño y le mostré a mi abuela:

¡Cheval rouge!

Ella se rió.

Lo de mi abuela no fue tan rápido porque tenía el pelo largo. Se sentó afuera, en su silla del tamarindo, y se puso un toallón como capa. Yo no me había lavado las manos, seguía con las manos rojas, así que tenía que tener mucho cuidado con las cosas que tocaba. Agarré un plato de sopa y volqué todo el pote de rojo, y por si no alcanzaba lo mezclé con un poco de amarillo, por eso a ella le quedó más anaranjado que a mí.

Fue divertido. Mojaba las manos en el plato y se las pasaba por el pelo como si ensuciara una pared con barro. O se lo apretaba. O agarraba un mechón y se lo frotaba como si quisiera hacer fuego con un palito. Así un montón de veces hasta que se terminó la pintura. ¡Quedó súper!

Yo no conocía a esa *Tojotana* pero seguro que mi abuela estaba igual de hermosa.

¡Se puso tan contenta! No paraba de reírse y de cantar. Al final yo no me lavé las manos porque me gustaban esos guantes rojos. Los dos, con el pelo rojo brillante, nos quedamos cantando debajo del tamarindo lleno de flores

amarillas. *Au clair de la lune, mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot.*

Taia

Una tarde del mes de abril Koké hizo seis dibujos de ella.

Con el sol fuerte del mediodía, cuando los velos de los ojos le dejaban pasar más luz, agarró una vieja libreta de tapas celestes y su carbonilla y le pidió a Taia que bailara desnuda.

En el momento en que escuchó el roce de la carbonilla sobre el papel, Taia sintió lo mismo que cuando el *tufuga* clavó el peine en su carne. Algo imposible de describir. Sin embargo fue una sensación clara. Como si su cuerpo terminara de encajar en el único lugar del universo que le correspondía.

Aunque él no se lo había pedido, ella también cantó mientras bailaba. Y su baile era suave y demorado para que los ojos de Koké pudieran alcanzar las estrellas de sus muslos.

Seis hojas de la libreta celeste utilizó para dibujarla. Siempre era ella en distintas posturas. Ella repetida y repetida. Mirando a la izquierda, con los brazos extendidos flotando en el aire, de espaldas, de perfil.

En un momento Koké se rió y dijo que ese cuadro sería como un Degas, pero salvaje y mucho más bello. Porque ella era verdaderamente bella, así, desnuda, con su *malu* tatuado en los muslos. Y no como esos

esqueletos desbordados de plumas como gansos que pintaba Degas.

En aquel momento Taia no sabía quién era Degas. Cuando muchos años más tarde vio una reproducción de sus bailarinas llenas de plumas como gansos, se acordó de Koké y de su risa y ella también se rió.

En los cuadros de Degas había muchas bailarinas. En los dibujos de Koké, en cambio, estaba solo ella, repetida, multiplicada. Igual que las estrellas del cielo.

Cuando la luz de la tarde empezó a dejar pasar las sombras, ya los ojos de Koké no vieron más; dejó su libreta de tapas celestes, se derrumbó en la cama y le pidió que le inyectara la morfina y, esta vez, ella sí le clavó la aguja lo más suave que pudo, en el mismo brazo que había usado para dibujarla.

[Cuando él se durmió, ella miró los seis dibujos de la libreta celeste. Eran solo trazos negros. Había dibujado su figura y sus muslos y también las estrellas de su *malu*. Los puntos, los pequeños triángulos que eran las alas del murciélago que simbolizaban la vida, los pétalos en forma de cruz. Todo lo había dibujado. También le había dibujado un cabello largo como el de Tohatama. Y había dibujado su rostro. Algunas líneas que dejaban adivinarlo.

Atrás había dibujado grandes flores de hibisco y troncos que luego serían verdes. En otros de los dibujos había líneas que después serían el mar o las montañas.

Koké había dibujado alrededor de ella cosas que no estaban en su estudio, que él había traído de otra parte, de alguna parte de su cabeza. Igual que el *tufuga*, que había traído el *malu* de lo más profundo de su pecho.]

Eloy

Al final le mostré a mi abuela mi escondite secreto. Entre los dos contamos mis chapitas. Yo estaba casi seguro de que estaba cerca de las mil, pero todavía me faltaba como la mitad para ganarme el televisor.

[Mi abuela me dijo que ella también tenía un tesoro.]

Trésor

Fue adentro y se ve que de abajo de la almohada tomó la libreta celeste con la que andaba siempre.

Le cahier céleste de Koké.

También traía una tela con flores rojas. Se sentó en el sillón de hierro y con toda la tranquilidad del mundo empezó a envolver la libreta con esa tela. Como la tela era grande le dio muchas vueltas y tardó un montón.

[Después se paró, cerró los ojos, apoyó el paquete en su corazón y lo tuvo así, apretado, un rato largo mientras murmuraba un canto y se movía como si bailara pero sin levantar los pies del suelo.

Ahora es tu tesoro, me dijo, y me lo dio.

¿Para mí?

¿Quiere que lo entierre con mis chapitas, abuela?

Mi abuela Taia levantó los hombros y sonrió, así que yo entendí que sí, que quería que enterrara su tesoro con mi tesoro.]

Para que no se arruinara metí la libreta celeste, así envuelta con la tela de flores rojas, en una caja de lata, y la até con muchas vueltas de hilo. Y después metí la caja en una bolsa de *nylon* y también la até. Así estaría bien segura.

Igual, para que mi abuela se quedara más conforme con el escondite, esta vez lo tapé con tierra. Mi abuela me ayudó. Metimos los tesoros, tapamos el pozo con tierra y lo pisamos para que no se note, y arriba pusimos el sillón.

Taia

En lo que quedaba del mes de abril Koké ya no volvió a pintar. Casi no se levantaba de la cama y respiraba como si atrapar el aire le costara demasiado esfuerzo.

El pastor Vernier pasaba todos los días a darle su inyección de morfina.

Taia le cambiaba las vendas. En lugar del emplasto de mostaza le había empezado a poner una pasta de raíces maceradas del árbol del pan y sus piernas olían mucho mejor.

Taia pasaba las tardes en el estudio mirando los dibujos de la libreta celeste y las telas que él había pintado. Los colores que usaba eran suaves y cremosos. Ella apretaba unos pomos grises que estaban sobre la mesa del estudio y salían colores como pulpas de frutas, rojas, amarillas, verdes. Pero además Koké mezclaba esos colores e inventaba otros. El color dorado de las pieles de las mujeres que pintaba no salía de ningún pomo, él lo inventaba.

Taia se quedaba horas en el estudio imaginando con qué colores pintaría su cabello y sus piernas y sus ojos y las flores de hibisco. Y después miraba sus dibujos en blanco y negro, esas sombras de lo que serían los cuadros que él pintaría más adelante, y la ansiedad le apretaba el

corazón. Pero trataba de ser paciente. Tenía que pensar que Koké ya mejoraría.

Una tarde, a fines de abril, Gauguin se sintió más animado. Se levantó, y con la ayuda de su amigo Tioka y del pastor Vernier embalaron catorce cuadros y once dibujos para mandar a Francia en el siguiente barco.

Taia siguió todos esos movimientos en silencio, con la boca seca de inquietud. Pero finalmente Koké no mandó su libreta de tapas celestes. La dejó ahí, en la repisa del estudio junto con el resto de los cuadros.

[Koké sabía que se estaba muriendo y quería que sus cuadros quedaran a salvo cuando ya no estuviera.]

Eloy

A los tesoros los escondimos el sábado. Al día siguiente, mi papá y mi mamá salieron temprano como todos los domingos. Se tomaban el tren para ir a los mercados en el centro de Lima y volvían para preparar el almuerzo. Casi siempre, pescado.

Antes de salir mi mamá le habló un rato largo a mi abuela Taia, recomendándole un montón de cosas. Después de lo del pelo rojo se le terminó toda la paciencia a mi mamá.

A mí no me recomendó nada. Me dijo ¡suerte!, porque yo tenía un partido de fútbol en el campo que está cerca de la playa.

Mientras me vestía miré por la ventana de mi dormitorio y vi que mi abuela ya estaba sentada debajo de

tamarindo y que había viento porque algunas flores se volaban y se caían al suelo.

Antes de irme le serví un jugo de papaya y dos panes de queso. Cuando salí al patio el viento estaba fuerte. Era un viento frío, a lo mejor se estaba viniendo una tormenta del lado del mar y se suspendía el partido. Le dejé el desayuno en la mesita.

¿No quiere entrar a la casa, abuela?

Mi abuela tenía los ojos cerrados y no me contestó.

¿Abuela?

Las flores del tamarindo estaban todas por el suelo. Me arrodillé al lado de mi abuela y le agarré la mano.

Abuela, me parece que va a llover, ¿no quiere ir adentro?

Esa mañana no se había atado el pelo. El viento se lo hacía volar como una capa negra. Me asusté. Le pellizqué la mano. Primero una vez, después muchas.

¿Abuela?

Mi abuela no se despertaba. Quería levantarme y escuchar si le latía el corazón, pero no me podía mover. Le recé al Señor del Mar. Le recé mucho sin soltarle la mano a mi abuela. Tenía que salir a pedir ayuda pero no quería dejarla sola.

Me quedé ahí, arrodillado, rezando. Nunca había visto a una persona muerta. No sabía qué había que hacer. No sabía si a los muertos había que dejarlos solos o si tenía que quedarme a acompañarla. Cuando terminé de rezar empecé a cantarle. *Au clair de la lune, mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot.*

Las flores del tamarindo caían y caían. El pelo de mi abuela se levantaba como un humo negro cuando se

largó a llover. Una lluvia finita y suave.

Escuché el timbre de mi casa. Seguro que era el Álvaro que me venía a avisar que se suspendía el partido. Yo no atendí porque no podía moverme.

Hasta el mediodía, cuando volvieron mi mamá y mi papá, para que mi abuela no se sintiera sola canté sin parar. *Au clair de la lune, mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot. Au clair de la lune, mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot. Au clair de la lune, mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot.*

Taia

En los primeros días de mayo Koké empezó a confundirla con otras personas.

Taia sentía una tristeza que le pesaba en todo el cuerpo. Esa pena asfixiante que sentía era la muerte de Koké, que se estaba anunciando por toda la casa. Por eso decidió irse.

Tres días después, mientras ella estaba en la aldea de sus padres, supo que Koké había muerto.

Aunque *tupapau*, los espíritus que asaltaban los caminos, le daban terror, Taia igual anduvo toda la noche del ocho de mayo para poder verlo.

Cuando llegó, ya el obispo Martin, para adelantarse al pastor Vernier, lo había sacado de madrugada y lo había enterrado en el cementerio católico.

En la casa solo estaba el cocinero de Koké. Ella le preguntó cómo tenía las vendas de las piernas cuando murió.

Llenas de moscas.

No sintió ganas de llorar. "Cuando nacemos ya traemos nuestra propia muerte", pensó, y Koké simplemente se había encontrado con ella. Lo único que le dio pena fue no haber estado ahí para que la muerte lo encontrara con las vendas limpias y perfumadas.

La misma mañana en que lo enterraron, ella subió al estudio y se llevó la libreta de tapas celestes.

Nunca se arrepintió de haberlo hecho. Koké tenía razón. Unos días después de su muerte, Claverie mandó a quemar sus dibujos. Al resto de sus cuadros y esculturas los remató por monedas.

Lo único que quedó de Koké en Atuona fue su tumba en lo alto de la colina.

Eloy

[Después de la muerte de mi abuela Taia me olvidé de nuestros tesoros.] Me olvidé de la libreta celeste envuelta con la tela de flores rojas. Me olvidé de que metimos los tesoros en un pozo y lo tapamos con tierra. Me olvidé de todo como si me hubieran echado un balde de agua adentro de la cabeza. Y nunca más volví a acercarme al tamarindo.

Me despertaba llorando por las noches. Todas las noches. Por eso mi mamá y mi papá estaban preocupados.

Mi papá consiguió otro trabajo en el centro de Lima y vendimos la casa y nos mudamos.

La casa nueva quedaba cerca de la de mis abuelos Arnaldo y Margarita. Pero no tenía que ir a la casa de ellos para mirar *Astroboy* por el canal cuatro porque mi papá también había comprado un televisor para nosotros.

Taia

Tiempo después de la muerte de Koké, Taia se casó con Kaleo, un joven de su aldea, y tuvieron dos hijas.

Taia fue feliz con su marido. Era un buen hombre y se amaron. Vivieron juntos en su aldea, cerca de Atuona, hasta que una mañana el corazón de Kaleo amaneció helado.]

MARCOS

Marcos está sentado en un banco de piedra frente a uno de los andenes de la terminal de ómnibus. El banco está helado. Amparo está con él.

El ómnibus sale en quince minutos. Tiene el boleto en el bolsillo del jean, cada tanto mete la mano y lo toca. ¿Qué pensará? ¿Que va a desaparecer? Está un poco mareado. Los nervios. Apoya la cabeza contra la pared y cierra los ojos. La verdad, no sabe. No está para nada seguro de poder hacer el simple movimiento de meter la mano en el bolsillo, sacar el boleto y entregárselo al chofer. Volver a pasar por lo mismo. Dejar que una

tarántula le juegue en la mano, cuando le tiene fobia. Es terapéutico. Eso dicen. Enfrentar los miedos y las fobias es una forma de superarlos. Sí, pero hay que poder hacerlo. Y él no sabe si va a poder. La verdad.

Qué cosa, lo caprichosos que son los recuerdos. Cuando está seguro de que le va a aparecer uno, brota otro, así, sin ton ni son. Aunque no quiera pensar. Porque a veces decide no pensar en algo, lo que sea. Pero al decidir no pensar en eso es como si estuviera llamándolo. Sabe que eso, en lo que no quiere pensar, está ahí, escondido, y sabe que tarde o temprano va a aparecer. Ahora que está esperando que salga el ómnibus y que el cuerpo le duele del miedo, lo más lógico sería que aparecieran esos recuerdos en los que no quiere pensar, que le aparecieran en la cabeza las imágenes del accidente. Pero no. No sabe por qué aparecen otras imágenes. Prepotentes, salvadoras. Son como los superhéroes del inconsciente. Cuando ya está cayendo. Cuando viene en picada por el precipicio de sus miedos, ahí aparecen con sus capas voladoras y lo rescatan y le ponen una mesa con mantel floreado y los aromas que más quiere, o le brindan un abrazo o una mirada. Y se salva. Por un rato se salva.

Para mantener el equilibrio, Marcos tiene las dos manos apoyadas en el banco de piedra. Hace una mueca que no alcanza a ser una sonrisa. Nada más que una mueca. Y suelta el aire con ruido. No abre los ojos pero está seguro de que Amparo lo está mirando porque le acaricia la mano fría y transpirada.

Amparo no tiene ni la menor idea de lo que sucede adentro de la cabeza de él. No sabe que lo que le causa

gracia es que ha aparecido su abuelo Eloy con su capa de superhéroe para espantar las moscas de los malos recuerdos.

Lo de la capa es una manera de decir. En realidad, no ve a su abuelo. Ve su taller. Con una nitidez increíble. Como si estuviera mirando una foto. Y con la foto aparecen las sensaciones, los olores y lo inventado. No sabe quién se lo dijo una vez, pero es verdad que uno inventa los recuerdos. Cada vez que recordamos, reconstruimos un poco. Usamos cosas que la memoria guarda y que por ahí no pertenecen exactamente a ese momento, pero quedan bien. Encajan en la foto. Ahora sí la mueca ya es sonrisa. Se ve a sí mismo en el taller de su abuelo.

Quién sabe, tal vez haya una foto verdadera en la que él esté así como se recuerda en este momento, sentado frente a la mesa de trabajo, dibujando.

Amparo ya no lo acaricia, deja la mano quieta sobre la suya. Y aunque es más chica que su mano, Marcos la siente muy pesada. Y está bien. Es un alivio que la mano de Amparo lo aplaste. [Amparo cuida que no se le vuele el cuerpo, lo deja atado al banco de piedra. Mejor, así él puede concentrarse en ese recuerdo que lo salva. No se mueve, no abre los ojos, no quiere que nada en esa foto se desprenda y desaparezca.]

Tufuga.

Así me decía mi abuelo. Tufuga.

Durante años, cuando era chico, pensé que era el nombre de un mago: "El gran Tufuga". Pero en algún momento, no sé cuándo, a lo mejor cuando me regaló la caja de

pinturas para un cumpleaños, me dijo que el tufuga era un tatuador. Y que era alguien muy especial, así como lo era yo, según él. El tufuga le había tatuado las piernas a su abuela Taia.

La historia de la abuela de mi abuelo era bastante extraña. No sé si la habrá inventado o si realmente fue así como él la contaba.

Según su versión, Taia fue la última amante de Gauguin y antes de morir el tipo dibujó los tatuajes de su abuela en una libreta de tapas celestes.

La libreta existía. Me la mostró montones de veces. La guardaba envuelta en una tela de flores rojas, en un cajón de su escritorio. En el cajón de la derecha, que se cerraba con una persianita en la que guardaba los papeles importantes.

Cada vez que me mostraba la libreta se le humedecían los ojos y yo ya sabía lo que venía. Aunque tratara de cambiarle de tema, era inútil.

¿Te conté cómo recuperé la libreta celeste?

Sí.

Y me volvía a contar.

Estaba a punto de irme a Buenos Aires para estudiar Medicina y así, de golpe, como si corriera una cortina, apareció en mi cabeza el recuerdo de mi tesoro y el tesoro de mi abuela Taia, enterrados en el patio de mi casa de El Callao. Cómo había podido olvidarme de todo.

Hacía más de diez años que habíamos vendido la casa de El Callao. Ni siquiera sabía si todavía existía. Pero la busqué.

El número era el mismo; la casa de afuera, no. Toqué el timbre. No sabía qué decir, me atendió una mujer joven y le expliqué lo que pude. No sé si me creyó. El corazón me latía en la cabeza.

Al final la mujer me dejó pasar. Adentro todo era diferente pero yo casi ni miré. Buscaba el patio. Lo único que rogaba era que no hubieran construido en el patio. Crucé la casa como un animal que se orienta hacia la salida. Donde teníamos una puerta de madera verde ahora había un enorme ventanal desde el que todavía se veía el tamarindo. Respiré como si me hubiera estado ahogando y, aunque traté de evitarlo, me largué a llorar.

La mujer me miraba desconcertada.

Lo plantó mi madre, le dije.

Nunca escuché a mi abuelo decir malas palabras pero cada vez que me contaba que durante diez años se le había borrado por completo que él mismo había escondido la libreta celeste en un pozo en su casa de El Callao, empezaba usando la misma frase:

¡Qué mierda la memoria!

Después, cuando me hablaba de Gauguin y de Taia y de sus piernas tatuadas, terminaba enredándose en razonamientos imposibles de seguir. Según él, yo debería haber nacido en su lugar porque tenía una sensibilidad, un don, que él no tenía. Yo era la persona a la que su abuela hubiera debido entregarle la libreta celeste.

Apenas llegó a Buenos Aires mi abuelo llevó la libreta a una galería de arte para que le dijeran si realmente eran dibujos de Gauguin. Una galería importante. La tipa de la galería la examinó durante meses. Mandó fotos a un museo de París para que compararan no sé qué cosa. Y nada, al final le dijeron que había un ochenta o un noventa por ciento de posibilidades de que fuera auténtica. Que la libreta era exactamente igual a una serie

de cuadernos de bocetos de Gauguin que pertenecían a una colección privada. Y que si era así podía valer una fortuna. Que lo ideal era mandarla a Francia para que la estudiaran mejor.

Mi abuelo la envolvió en la misma tela de flores rojas (un antiguo pareo polinesio, le dijeron en la galería de arte) y contestó que lo pensaría. Pero no volvió más. Para qué. Aunque le dieran una fortuna no pensaba venderla.

Él quería ser médico. Se había venido del Perú a Buenos Aires para estudiar Medicina. Pero antes de terminar el primer año abandonó la facultad, se casó con mi abuela y a los pocos meses nació mi viejo.

En ese entonces empezó a trabajar en el taller de zapatería de su suegro. En la zona sur, donde vivió toda la vida, a seis cuadras de mi casa.

Para mí siempre fue zapatero. Y siguió siendo zapatero cuando ya nadie arreglaba los zapatos.

Todavía tengo grabados en la memoria los olores del taller. El olor de los cueros, de las tintas, de los pegamentos. La sillita baja y ancha donde él se sentaba y la horma de hierro donde ponía los zapatos para clavarles tachuelas diminutas en las suelas y martillarlas con su martillo de cabeza plana como una enorme moneda.

Me la pasaba más ahí que en mi casa. A lo mejor porque mi casa era un lugar difícil.

Mi viejo era un tipo difícil. Un oso. Enorme, un poco encorvado. Yo no salí a él; mi hermano, Sí. Juan, mi hermano mayor, era igual a mi viejo.

Lo peor, lejos, era la hora de las comidas. El *icarajo*! y el golpe de sus puños sobre la mesa y el ruido de platos, vasos y cubiertos. No siempre la escenita tenía que ser por algo importante. A veces era: *¡Carajo! ¿Cómo puede ser que nadie haya puesto un puto sifón en la heladera?!*

Cuando era chico se me acalabraba el estómago a la hora de comer. La misma escena todos los días. En su teatro de entrecasa los tres espectadores seguíamos los movimientos del gran actor con el corazón en la boca. Y nada, después el tipo continuaba como si tal cosa. Hasta había días en los que te hacía morir de la risa. Los domingos, por ejemplo.

Mi viejo tenía una agencia de quiniela, caballos de carrera y algunos otros negocios de los que no se hablaba. Cuando éramos chicos, los domingos nos llevaba al hipódromo y ahí actuaba otro papel. Relajado, sonriente, cariñoso.

Mi viejo moría por los caballos. Tres nombres me quedaron grabados: Adonay, Morgan y Duquesa. Cuando, después de una rodada, Duquesa se quebró una pata y hubo que sacrificarla, mi viejo lloró. Fue la única vez que lo vi llorar.

No lloró cuando murieron sus padres. Ni cuando metieron en cana a mi hermano. Ni cuando lo soltaron. Y no era por insensible, porque la primera vez que visitó a mi hermano salió con los ojos rojos.

Con Eloy se hablaban lo justo y necesario. Y después de que murió su madre ya no se veían. No estaban peleados. Mi viejo era así. Las pocas veces que mi abuelo hablaba de él decía que no entendía a quién había salido. *No parece*

mi hijo, ni tu padre, me decía. La violencia de mi viejo no respondía a nada. Era propia. Era porque sí. No sé si mi abuelo esperaba que por ser tan distintos algún día nos cruzáramos mal, pero cada vez que yo iba al taller me decía:

Acuérdate, Tufuga, de que si algún día lo necesitas, acá hay lugar para ti.

Nunca lo necesité hasta que decidí irme de casa, pero entonces él ya se había muerto y la casa estaba alquilada.

Empecé a dibujar en el taller de mi abuelo Eloy. Cuando terminaba de lustrar los zapatos, mientras él seguía sentado en la sillita baja con su delantal de tela gruesa, las piernas abiertas, la horma de hierro entre las piernas y el golpeteo suave y sordo contra el cuero o la goma o la madera de las suelas, como un percusionista, nada, yo me sentaba junto a la vidriera, allí donde había mejor luz, y dibujaba.

Los primeros dibujos los hice en el cuaderno de las cuentas del abuelo, con el mismo lápiz negro que él utilizaba para escribir: "Sra. Hernández, taco y puntera, ocho con cincuenta".

El mejor día de mi vida fue cuando cumplí los nueve.

El abuelo Eloy me regaló una valijita de madera llena de óleos, acuarelas, crayones, carbonillas, pinceles. Era una valija de pintor profesional que le había costado una fortuna.

Nunca me la llevé a mi casa. El lugar para dibujar era su taller.

[Cada tanto él desenvolvía su tesoro y me mostraba los dibujos de la libreta celeste.]

¿Quieres que te diga algo? Tú eres mucho mejor que Gauguin.

Además de dibujar también lo ayudaba en el taller.

Lo que más me gustaba era el lustrado. El abuelo embe-tunaba los zapatos y los dejaba secar. Para que brillaran más, el betún tenía que estar bien seco. Después ponía en funcionamiento la lustradora, que no era más que un torno con un paño de lustre. Yo metía la mano adentro del zapato como si fuera un guante y lo acercaba al paño. La punta, el talón, un costado, el otro, un repaso general, hasta que finalmente brillaba. Entonces, lo apoyaba en el piso y volvía a hacer lo mismo con su compañero, si es que lo tenía.

En una época la gente dejó de arreglar zapatos. Pero mi abuelo no sabía hacer otra cosa, así que siguió en el taller.

El taller era el mejor lugar del mundo. Había una sola cosa que me daba impresión: la montañita de zapatos sueltos que quedaba contra la pared de atrás. Eran los descartados que nadie nunca había vuelto a buscar. A la mayoría les faltaba el compañero y muchos seguían rotos.

En casa mi vieja tenía tres tomos con la historia de la Segunda Guerra Mundial, que no sé por qué yo miraba casi todas las noches. No los leía, solamente miraba las fotos. Y una de ellas era una foto de una montaña de zapatos de judíos exterminados en las cámaras de gas de los campos de concentración nazis. Nada, nunca pude separar esas dos imágenes. Para mí eran una sola.

Igual, en los tiempos en los que ayudaba al abuelo en el taller, los zapatos ya no eran tantos y cuando yo los

terminaba de lustrar los ponía en una bolsa de nylon que después colgaba en unos clavos de la pared del fondo hasta que venían a buscarlos.

Mi viejo y mi hermano siempre se llevaron bien. Juan escuchaba sus palabras como si fueran sagradas. Lo imitaba en todo. Los gestos, los gustos. Lo admiraba. Desde chico fue así. Cuando Juan abandonó el colegio y empezó a trabajar con él, se volvieron un dúo inseparable. Batman y Robin.

Yo, en cambio, no me llevaba.

Cuando tenía diez años mi viejo nos llevó a Juan y a mí, que tenía cinco más que yo, a disparar con el rifle de aire comprimido. A unas palomas.

Yo no quise.

Maricón, me gritó mi viejo.

En ese momento entendí que yo era invisible para él. Que no me veía. No le importaba qué hacía yo, ni qué me gustaba. Y no era de mal tipo. Creo que no sabía cómo.

Juan le disparó dos, tres, cinco veces a la misma paloma. A medida que la paloma se iba transformando en un masacote de plumas y de sangre, a mi viejo se le iba dibujando una sonrisa de satisfacción. Estaba orgulloso de ese hijo.

Volví a casa enojado. Al otro día, que era domingo, no fui al hipódromo. Me fui a la casa de mi abuelo. Y ahí me di cuenta de que mi abuelo solo me veía a mí.

No sé, no estoy seguro de lo que entendí en aquel momento, pero sí estoy seguro de que sentí que, después de todo, las cosas tenían un cierto equilibrio.

Todo el mundo decía que yo tenía los ojos de mi abuelo. Negros. Pero los ojos de mi abuelo eran distintos, no sé, más calmos que los míos.

Una tarde, un par de meses antes de que muriera, cuando llegué al taller lo encontré sentado en la silla baja mirando mi carpeta de dibujos. Tenía los ojos inquietos.

¿Tú dibujaste esto?

Sí, ¿por?

La respuesta de mi abuelo se empantanó durante algunos segundos. Estaba viejo. Cada vez más seguido y a veces por cualquier boludez, en los momentos menos pensados, se largaba a llorar.

Hacía tiempo que no miraba tus dibujos. Son muy buenos. Yo no entiendo mucho pero me parece que de verdad eres bueno para esto...

Otra vez la voz hundida y los ojos húmedos y la pausa para recuperarse.

[Mi abuelo murió cuando yo tenía dieciséis.]

Una mañana oscura. La más oscura del invierno. Nunca había sentido lo que sentí cuando me lo dijeron. Me había quedado solo. En los funerales vikingos ponían al muerto en una barcaza, lo prendían fuego y lo empujaban mar adentro. El que se había muerto era mi abuelo. El que se había ido era él, sin embargo para mí el que se incendiaba era yo. Yo en la inmensidad del océano. No, no era que me había quedado solo. Siempre había estado solo. Me había quedado vacío.

A los dos meses la casa de mi abuelo ya estaba alquilada. Donde estaba el taller pusieron una rotisería. Fui una sola vez antes de que entraran los inquilinos. Saqué mi

carpeta de dibujos, mi valija de madera y la libreta celeste envuelta en la tela de flores rojas. Y nunca más volví a pasar por esa casa.

Ese año, el colegio lo terminé a los tumbos. Y el año siguiente lo empecé con el pie izquierdo. Las rastas que había empezado a usar le molestaban a la preceptora y al final terminaron echándome porque me dormía en clase. Nada, no me importó. Me quedaba dibujando hasta la madrugada. Yo seguía a la deriva como un vikingo muerto.

Igual en mi casa no hubo tiempo para mis quilombos porque pasó algo más grave. Metieron en cana a mi hermano Juan.

Mi hermano consumía. Yo no sabía si vendía o no. Ni sé si lo buscaban a él o si fue *una cama*, como dijo mi viejo. La cosa es que lo metieron adentro. Ocho meses.

A la primera visita fuimos los tres. Nos hicieron pasar a una sala grande con mesas, como un comedor. Todas las mesas estaban ocupadas por los presos y sus familias. Yo nunca me voy a olvidar de la cara de mi hermano. Parecía veinte años más viejo y tenía los ojos perdidos. "Otro vikingo muerto", pensé.

En la segunda visita, mientras mis viejos hablaban con Juan, yo me quedé enganchado con el brazo del tipo de la mesa de al lado. Una calavera que le cubría desde el hombro hasta el codo. Mi hermano me vio mirándolo.

San La Muerte, me dijo. Dicen que siempre cumple. Yo me voy a hacer uno. Hice una promesa porque dicen que cumple...

¿Quién te lo va a hacer?

Un pendejo de acá.

Mi hermano buscó con la mirada por encima de las mesas y me señaló a un pibe que parecía de mi edad y que hablaba con una chica embarazada.

Esa seguro era de mi edad. O menor.

El pibe tenía dos lágrimas rojas tatuadas en una mejilla y una en la otra.

La que está sola es una lágrima vacía. Es luto, me dijo mi hermano. Alguien que le mataron. Las otras dos son los muertos que el pendejo tiene encima.

Mi vieja puso cara de espanto. Todo el tiempo estaba a punto de largarse a llorar. Mi viejo hablaba boludeces que no tenían nada que ver.

Te lo hago yo, le dije.

¿Vos? ¿Qué sabés vos?

Sé.

Mi viejo me compró un tornito portátil y tuve que pedir un permiso especial. Me dieron mil vueltas pero al final me autorizaron. Mientras tatuaba tenía que bancarme a un cana al lado todo el tiempo. Al principio me ponía incómodo pero después me acostumbré. Y algunas veces el tipo hasta opinaba sobre el tatuaje y todo. Le hice el San La Muerte a mi hermano. Lo quiso en el medio del pecho, sobre el corazón. Cuando le pregunté qué promesa había hecho, me dijo que las promesas no se contaban.

Después nada, no sé. Se fue corriendo la bola y mientras mi hermano estuvo preso terminé haciendo cinco tatuajes más. Dos San La Muerte, con distintos colores de capas porque los colores tenían que ver con las promesas.

[A un tipo le tatué Lukas, el nombre del hijo recién nacido. Fícele una Virgen del Rosario. Y al pibe le tatué una lágrima vacía debajo de la otra.

No cobraba un mango pero, durante los ocho meses, mi hermano no tuvo ni una historia ahí adentro.]

Nunca pude entender a mi vieja. Cómo sobrellevaba ciertas cosas de la familia. Sin preguntar nunca. Como si por no preguntar no existieran. La quería más que a nadie en el mundo. Siempre la quise. Pero no podía entenderla.

El día que salió Juan, justo después de las Fiestas, ella lo saludó como si hubiera vuelto de Disney. No dijo ni una palabra. Tampoco la había dicho antes.

Sentada a un lado de la mesa de la cocina, porque la cabecera siempre fue de mi viejo, lo único que comentó fue:

Qué calor. Ni se siente el aire.

Y era verdad. Ni se sentía el aire. Yo no lo sentía. Para mí en esa casa el aire se había terminado. Nunca había sido un lugar cómodo para mí. Mis viejos, mi hermano, eran extraños. Conversaciones llenas de cosas no dichas, de muertos debajo de la alfombra. No, no eran ellos, yo era el extraño. Yo era el que quería otra cosa, otra vida. El sapo de otro pozo.

Siempre pensé que al terminar el colegio iría a la facultad de Bellas Artes. Lo tenía claro, desde chico. Saber eso me hacía sentir algo bueno, no sé bien qué. Tal vez seguridad, alegría, no sé. Tenía un objetivo. Iba hacia ese lugar. Pero recién me di cuenta de eso cuando dejé de tener un

objetivo para ir a ninguna parte. [Ahí me di cuenta de que esa confianza que había tenido cuando era chico no era común. No todo el mundo la tenía. No todo el mundo pensaba que en el futuro le esperaban cosas buenas. Y yo había dejado de esperar. Me habían echado del colegio. Ya no iba a ir a la facultad. Estaba solo. A nadie le importaba lo que hacía o lo que dejaba de hacer. No sé si de a poco o de golpe pero en algún momento todo se había ido a la mierda. Todas las puertas se habían cerrado. No sabía para dónde ir. No sé si después de la muerte del abuelo. O cuando metieron en cana a Juan. O cuando salió. Pero todo se había ido a la mierda y yo no podía hacer nada.]

Juan volvió más viejo y más cínico. En casa eran más Batman y Robin que nunca. ¿Yo? ¿Me pasaba algo a mí? Mi viejo solo tenía ojos para Juan. Y mi vieja respiraba con el permiso de mi viejo. No me acuerdo cuál era el filósofo que vimos en el colegio, el que decía que la mirada creaba el objeto. Si era así, yo no existía. Después de mi abuelo, ya no había nadie que me mirara.

El día de mi cumpleaños me fui de mi casa. Metí un poco de ropa en un bolso, agarré la valija de madera con las pinturas y una mochila en la que guardé el torno portátil y la libreta celeste.

No tenía mucha plata. Compré un pasaje a Córdoba. Luego vería. Cualquier lugar me daba lo mismo.

Era dieciocho de enero, cumplía dieciocho años y me había tocado la butaca número dieciocho. Me pareció que era una señal de buena suerte.

Al llegar a Córdoba buscaría un trabajo. No sabía de qué. De cualquier cosa. Y un lugar para vivir. Me estaba escapando de mi casa por primera vez en mi vida. Aunque si lo pensaba de otra manera siempre había estado fugado. Mi asilo político era el taller de mi abuelo Eloy. Ahora estaba escapando de verdad y no podía imaginar ni proyectar nada. Tenía la mente como una sábana blanca. No sentía excitación ni miedo. Tenía el cuerpo adormecido. Seguía siendo un vikingo muerto. No estaba escapando para buscar algo. No buscaba nada. No esperaba nada. Simplemente me iba para poder respirar.

Estaba tan agotado que apenas el ómnibus empezó a andar, recliné la butaca, apoyé la mochila contra el vidrio de la ventanilla, acomodé la cabeza sobre la mochila y me dormí profundamente.

A mitad de la noche me despertó una frenada y el movimiento brusco del ómnibus antes de chocar de frente contra un camión.

Hubo muertos y heridos y el ómnibus terminó carbonizado.

En algún momento mi cabeza debió de haber golpeado contra algo y me desmayé. Igual que a otras personas me rescataron los bomberos, pero yo no lo recordaba.

Me desperté en la cama del hospital de un pueblo del sur de Santa Fe.

El médico me preguntó cómo me llamaba.

Tufuga.

¿Tufuga es tu apellido? ¿Tufuga qué? ¿Cómo te llamas?

Le dije que no me acordaba. Me preguntó si tenía algún familiar y le dije que no me acordaba, que creía que no.

Tenía algunos golpes y contusiones y la clavícula izquierda quebrada. Era un traumatizado leve. Por eso me dejaron internado en el hospital, en observación.

A los heridos graves los habían derivado a otros sanatorios de mayor complejidad. Yo fui el único que me quedé. Y durante el tiempo que estuve, salvo una viejita una noche, también fui el único internado que había en el hospital.

La policía había contactado a mi familia. En un momento la enfermera entró a la habitación y me dijo que alguien quería verme.

Juan. Seguro que mandaron a Juan.

Pero el que entró fue mi viejo. Un oso enorme con los ojos enrojecidos como la vez que hubo que sacrificar a Duquesa o cuando por primera vez visitó a Juan en la cárcel. Arrimó una silla de metal al lado de la cama.

¡Mirá que hay que ser boludo, eh! ¡Escaparse y hacerse torta en la primera curva!

Giré la cabeza hacia él. Me quedé mirándolo. Aunque seguía siendo un oso, me pareció más vulnerable. Un oso venido a menos. No sabía si era por el golpe, por el trauma de la situación o por qué pero me parecía imposible que ese hombre que estaba sentado al lado de mi cama fuera el mismo que me había provocado calambres en el estómago cuando era chico. Como si hubiera descubierto de golpe que los monstruos que no me dejaban dormir ya no existían. Que se habían ido para siempre de mi cabeza y sin tener que prender la luz. Ese

hombre era nada más que un hombre y ya no podía hacerme ni mal ni bien. Yo, que era un vikingo muerto con una balsa que se internaba en el mar, podía ver a ese hombre parado en la costa. La distancia que había entre nosotros era enorme y no había vuelta atrás, no había manera de achicar esa distancia. Yo sabía que cada vez iba a ser mayor.

No voy a volver.

La respuesta de mi viejo me confirmó la distancia.

Llamá a tu madre de vez en cuando.

Se levantó de la silla, apoyó su mano de oso sobre mi hombro sano y la mantuvo ahí unos segundos. Ese fue su saludo de despedida.

Cuando salió, giré otra vez la cabeza hacia el otro lado, hacia la ventana que daba al parque, y me largué a llorar.

De las dos enfermeras, la del día y la de la noche, a mí me gustaba la de la noche.

Magda era alta y flaca. Pero con esa flacura fofa de alguien que fue muy gordo y adelgazó. Tenía una boca grande y unos dientes grandes. Y se reía todo el tiempo. Una risa gruesa y contagiosa. En teoría tenía que cuidar de mis sueños pero lo que hacía era mantenerme despierto hablándome toda la noche. Se acomodaba al lado de la ventana, corría una de las hojas para que se fuera el humo de los cigarrillos que prendía uno tras otro, y hablaba.

Me hablaba de gente del pueblo que yo no conocía o de programas de televisión que yo nunca había visto. Pero a mí me encantaba escucharla. No sabía cuántos

años tenía, parecía más grande que Juan. Por algunas cosas que decía me daba cuenta de que no había tenido una vida fácil, pero en ningún momento se ponía en víctima. Magda era al pan, pan. Por eso me gustaba, porque yo era todo lo contrario, siempre ahí, buscándole la quinta pata al gato.

La segunda noche que me levanté al baño, ella me miró la bata abierta y dijo:

Lindo culo.

Y al verme la cara que puse largó el humo y la carcajada, todo al mismo tiempo. Cuando salí del baño le pedí que averiguara por mis cosas. Recién entonces me di cuenta de que no sabía qué había pasado con mis cosas. No tenía nada. A la ropa que traía puesta la habían cortado con tijeras para sacármela la noche del accidente.

Me dijo que iba a preguntar en la comisaría. Y después, cuando se acercó para darme el calmante, que era una pastilla celeste, volvió a provocarme.

¿De verdad nunca te dijeron que tenés un lindo culo?

No.

Con la enfermera del día yo trataba de dormir. Era una mujer bajita y enérgica que se empeñaba en mantenerme despierto y en que *pusiera más voluntad*, para que pudieran darme el alta.

Al tercer día, después de la hora de la siesta, vino un oficial trayendo mi mochila. Había aparecido tirada a unos metros del ómnibus. El resto de las cosas, mi bolso y la caja de madera con mis pinturas se habían quemado.

[Abrí la mochila y ahí estaba el tornito portátil que me había comprado mi viejo. Y en el cierre interno, la libreta celeste envuelta en el pareo de flores rojas. Nada, sentí un alivio enorme. Me daba pena lo de mi valija de madera, pero no me habría perdonado si hubiera perdido la libreta celeste. Aunque no hubiera sido mi culpa, sé que no me lo habría perdonado.]

Esa noche Magda me trajo dos calzoncillos y un jean que había comprado con su plata y dos camisas viejas de cuando ella las usaba más grandes. En una bolsa de nylon traía mis zapatillas de lona, que por suerte no se me habían perdido en el accidente.

Lavadas y perfumadas.

Gracias.

No hay de qué.

Y te traje una revista porque esta noche voy a tener que dejarte un rato solo. Hay una viejita que, pobre... Magda movió los dos pulgares hacia abajo. ¿A ver si acerté? Como sos un colgado y no mirás la tele y no entendés nada de lo que te hablo, no sabía qué revista comprarte. Primero pensé: una de fútbol. Pero no, no tenés esa onda.

Era una *National Geographic*. Mientras me hablaba, había encendido un cigarrillo y abría la ventana, por el humo.

¿Acerté?

Sí, gracias, Magda.

Igual me parece que no es la última. El quiosquero me la dejó más barata porque la tenía de clavo.

Cuando terminó de fumar, cerró de nuevo la ventana y antes de irse me dijo:

Más tarde me doy una vuelta.

Me puse a hojear la revista. Magda tenía razón, era un número que tenía como un año y medio. Me interesó sobre todo un artículo acerca de una momia peruana. "La Señora de Cao", se llamaba. Según el artículo, se trataría de una sacerdotisa de gran poder que habría vivido hace más de mil quinientos años.

Lo que más me llamó la atención fueron los tatuajes que la momia tenía en brazos, manos, piernas y pies. Eran arañas y serpientes asociadas con la fertilidad. Y caballitos de mar.

Según la *National Geographic*, los tatuajes indicaban que esa mujer tenía dotes sobrenaturales. Una mujer chamán, que podía curar y leer el cielo. Los tatuajes sacaban a la superficie de la epidermis un poder profundo y secreto. Eran la marca de ese poder. Los que veían esas marcas en el cuerpo de la mujer sabían que ella era diferente. Y con seguridad le deben haber tenido miedo y respeto por eso.

Estaba impactado. Nunca había pensado en el poder de los tatuajes, como esos de la mujer chamán. Me acordé del tufuga y de lo que me había contado el abuelo. El tufuga también tenía un poder especial. Podía leer el cielo y las cosas de la naturaleza.

De golpe sentí un mareo, una sensación de vértigo. ¿Era casualidad que Magda me hubiera traído esa revista que hablaba de los tatuajes de "La Señora de Cao"? ¿Era casualidad que yo tuviera la libreta celeste de Gauguin donde estaban los dibujos del *malu* de mi tatarabuela? ¿O sería una señal? ¿Una señal de qué? ¿Estaba delirando?

Me empezaron a pasar imágenes por la cabeza. Los tomos de la Segunda Guerra Mundial de mi vieja y los

números tatuados en la piel de los prisioneros en los campos de concentración. Las lágrimas del pibe de la cárcel. Las marcas en el cuerpo. Nunca había pensado de cuántas maneras distintas podían leerse. A veces eran amenazas para los que miraban. Marcas del cuerpo para afuera. Otras veces eran del cuerpo para adentro. A lo mejor para no olvidarse de un dolor. ¿Para qué se había tatuado mi hermano?

Me acordé de algo que me contaba el abuelo cuando me hablaba de Taia y de sus piernas tatuadas. Que el malu era un viaje hacia adentro y un viaje hacia afuera al mismo tiempo. Recién ahora lo entendía.

Te quedaste dormido, me despertó Magda.

No sabía en qué momento me había dormido. Pero cuando Magda abrió la ventana para fumar, todavía estaba oscuro.

Es de noche.

Por eso mismo. No te podés dormir.

Cuando más tarde, esa misma noche, Magda me preguntó qué hacía, si tenía algún trabajo, sin pensarlo le dije que era tatuador. No sabía por qué había mentido. Y en el fondo tampoco sentía que fuera una mentira. A partir de nombrarme tatuador había empezado a ser tatuador. Algo raro. Como si en realidad estuviera reconociéndome. Como si siempre hubiera sido un tatuador, un tufuga, y recién entonces lo hubiera comprendido.

Cuando salí del hospital me fui a vivir con Magda. Usaba su notebook para bajar toda la información que podía acerca de los tatuajes, sus significados, las

diferentes técnicas, los colores. Ella me consiguió las tintas y las agujas.

El primer mes, mientras tuve el brazo en cabestrillo, me dediqué a dibujar. Empecé a armar una carpeta con diseños propios. Me pasaba algo extraño con los dibujos. Fluían de una manera especial, como si siempre hubieran estado ahí, esperando el momento de salir. El primer dibujo que hice en mi carpeta fue una almendra de la que salía un brote verde. Y el primer tatuaje fue un regalo para Magda.

A las pocas semanas ya empecé a tener clientes. Aunque en un pueblo tan chico tampoco eran tantos como para poder vivir de eso. Así que conseguí trabajo en una ferretería.

Había un zapatero en el pueblo.

Una mañana, cuando iba caminado a la ferretería, pasé por delante del taller y sin pensarlo dos veces, entré. No sé para qué. Para nada. Y después, cuando ya estaba adentro, sentí un frío en todo el cuerpo. Los olores conocidos, la silla baja, la pila de zapatos. Nada. Tuve la sensación de que si golpeaba las manos iba a salir a atenderme mi abuelo Eloy.

Pero no, por suerte no era parecido. Era un hombre viejo con anteojos grandes y cuadrados y que tenía el pelo teñido de oscuro peinado prolijamente para atrás. Le conté de mi abuelo y le pedí permiso para tocar los cueros y los mangos lisos de los martillos, y para meter la mano en la caja de las tachuelas. El tipo fue muy amable. Me parece que le caí bien aunque me di cuenta de que me miraba las rastas con desconfianza.

Al salir fui arrastrando las manos por las paredes hasta donde estaba apoyada una bicicleta de esas de las de antes, pesada, negra, de rodado grande. Distraído, también pasé las manos por el manubrio cromado.

¿La querés?

¿Qué?

La bici. Con esta artrosis hace años que no la uso. Me la paso entrándola y sacándola del taller. ¿La querés?

¿Me la vende?

Te la doy.

[Cuatro meses después de haberme ido a vivir con Magda, encontré una casa para alquilar y me fui a vivir solo.]

Mi relación con Magda siguió igual, abierta y distendida. Ninguno le debía nada al otro.

Magda era una langostita. Generosa y voraz. Masticaba todo a su alrededor, hasta su propio piso. Saltaba de un lado a otro, todo el tiempo. Necesitaba hablar y hablar de cualquier cosa. Casi nunca hablaba de ella. Como si no pudiera verse. A veces me daba la impresión de que el día que Magda hablara de Magda, chau, se derrumbaría por completo.

Una tarde, hacía como un año que yo estaba en mi nueva casa, recibí un llamado de Amparo.

Es Amparo la que ahora está sentada a su lado, en el banco del andén, esperando a que llegue el ómnibus que va a llevarlo a la ciudad para hacer un curso sobre tatuajes.

Amparo lo había convencido. Amparo creía en su talento.

Es ella la que ahora, mientras esperan a que llegue el ómnibus y a Marcos le aparecen los recuerdos de su abuelo Eloy y tiene las dos manos apoyadas en el banco de piedra para no perder el equilibrio, le da de regalo una caja con fotos y le dice que las mire después, cuando esté solo.

Ella le ha enseñado a guardar las fotos en cajas, no en álbumes. En los álbumes las fotos están inmóviles. En las cajas, cambian de lugar. A veces se pierden, a veces aparecen otras que no esperábamos encontrar.

Más adelante, cuando esté solo, Marcos va a mirar las dos fotos que Amparo puso en la caja que le regaló.

Una: la fotografía de un fragmento de un libro de John Berger, pintado con acuarela roja. Detrás de la foto escribió: Así sos vos.

Otra: la fotografía de su espalda.

→ pág 87

El ómnibus entra en el andén y Marcos escucha un bufido de animal enorme cuando se detiene delante de ellos.

Siente un frío en todo el cuerpo. Se para, se acomoda la mochila, le da un beso en la boca a Amparo y quiere decirle algo pero no puede.

¿Nos vemos en quince días?

Marcos asiente con la cabeza. Mete la mano en el bolsillo del jean, saca su boleto, se lo entrega al chofer y sube.

AMPARO

De golpe todo el campo empezó a llenarse de luces.

Brotaban del pasto, de los árboles, de los yuyos altos junto al alambrado. Nosotros caminábamos siguiendo el alambrado. Parecíamos sumergidos en esa oscuridad un poco sucia porque todavía no era noche, noche, y esas luces verdeamarillas nos rodeaban por todas partes. *Son las luciérnagas que se están apareando*, me dijo.

Y me dijo que las hembras no tenían alas. Que elegían el lugar más alto que pudieran encontrar y desde allí iluminaban sus abdomenes para llamar a los machos. Que eran diálogos de luz.

¿Ves esas líneas fosforescentes?

Sí. Son los machos que vuelan de un lugar a otro.

Me dijo que una hembra podía dejarse cortejar por varios machos al mismo tiempo. Y que ese diálogo de destellos podía durar hasta el amanecer, pero que al final la hembra se apareaba solo con uno. Y me dijo que en alguna parte había leído que las luces artificiales las confundían y que los machos ya no respondían a los llamados de las hembras. O respondían a llamados equivocados.

¿Sabés cómo se llama eso? Contaminación lumínica. Qué increíble cómo los seres humanos destruimos todo, ¿no?

Él quiso que antes de volver nos sentáramos un rato a mirar los dibujos de luz que hacían las luciérnagas. Nos quedamos debajo de un eucalipto. Hacía calor. Yo agarré una rama y me quedé jugando con las hojas mentoladas.

Ya había terminado de oscurecer.

Me estoy muriendo, Amparo.

Yo lo miré, aturdida.

Qué estás diciendo.

Los últimos estudios dieron mal.

No puede ser.

Me estaba diciendo que se moría y todo lo que había alrededor nuestro era bello. Yo nunca había visto algo así. Eran inmensos puñados de luces. Muchas. Hermosísimas.

Tal vez sean seis meses. Nunca pude recordar qué más me dijo esa noche. Ni qué le dije yo si es que le dije algo. Me acuerdo de que me abrazó y yo lloré hasta que me sentí agotada. Y que el cielo lleno de luciérnagas era demasiado hermoso.

Sé que me dijo algo sobre la vida que habíamos vivido y la vida que yo tendría después, pero no lo recuerdo. Sí me acuerdo perfectamente de lo que me había contado sobre las luciérnagas.

Una vez, tiempo después de que hubiera muerto mi papá, vi un documental sobre las medusas fosforescentes en algún lugar de la Polinesia.

Iluminaban el agua oscura del mar como si fueran estrellas. Igual que las luciérnagas de aquella noche.

Me acuerdo de que tuve exactamente la misma sensación. Sentí que el cielo se había caído.

Mi papá ya había muerto cuando llamé al tatuador.

Lo llamé y me dijo que fuera.

Me preguntó si sabía lo que quería y yo le dije que sí. Estaba un poco aturdida. Le dije que quería hacerme un tatuaje que me recordara a mi padre.

Enseguida le dije que no, que no era tan así. No era un tatuaje para recordarlo. Quería hacerme un tatuaje para que él estuviera conmigo.

Está bien, me dijo Marcos. ¿Pensaste algo?

Eso.

Eso, qué.

Me parece que lo miré con rabia. Le repetí lo que le acababa de decir pero se lo dije mordiendo las palabras.

Que quiero un tatuaje para que él esté conmigo.

Después me quedé callada. No sabía qué me daba rabia. ¿Qué esperaba? ¿Que cuando yo le dijera que quería hacerme un tatuaje para recordar a mi padre él me

contestara: *Ah, entonces tiene que elegir la opción uno? ¿Me daba rabia que Marcos no me dijera lo que ni siquiera yo sabía? ¿Me daba rabia él? ¿O me daba rabia que mi papá hubiera tenido que morirse?*

No tengo noción del tiempo que estuve en la casa de Marcos. Él fue muy paciente. Cuando le devolví la mirada, recién cuando le devolví la mirada y él pudo detectar que yo ya había vuelto del lugar adonde había volado, me habló.

Me mostró su carpeta de diseños. Eran lindos dibujos, pero yo la miré rápido porque ya sabía que lo que buscaba no estaba ahí. No sé por qué lo sabía pero era así.

Me dijo que no me preocupara, que ya iba a encontrar lo que quería. Y me preguntó de golpe.

Salvo que quieras tatuarte su nombre, pero no sé por qué descarté eso desde el principio. Si querés tatuarte su nombre...

No, no quiero tatuarme su nombre. Tenía un lindo nombre mi papá. Pero no era eso lo que quería tatuarme.

No te preocupes, hay tiempo.

No. No hay tiempo.

Otro hubiera pensado que yo estaba loca, pero Marcos no. Aunque era un completo extraño yo sentí que me entendía. No me preguntó nada. Me miró con calma y me dijo:

Pensá en diseños que te gusten, ¿eh? Yo voy a buscar algo también. Ok.

¿Nos vemos la semana que viene?

Marcos no era del pueblo. Había venido de Buenos Aires hacía poco más de un año. Era tatuador. El único que había.

Al principio no tenía muchos clientes pero de a poco casi todos en mi colegio, en especial las chicas, se habían hecho algún tatuaje.

Yo lo conocía porque dos veces había acompañado a unas amigas a tatuarse. Una, un tribal alrededor del tobillo. Y la otra, un par de alitas entre los omóplatos.

Marcos tenía diecinueve años, rastas hasta los hombros, la piel oscura, los ojos negros, dientes perfectos y blanquísimos. Todas las chicas estaban enamoradas de él.

Además venía de Buenos Aires y vivía solo. Alquilaba o le habían prestado una casita bastante deteriorada en la avenida San Martín.

Yo tenía quince.

Marcos tenía novia. Una grandota con la espalda y los brazos completamente cubiertos de tatuajes. Todos se los había hecho Marcos. Mis amigas decían que también tenía tatuado el pubis.

Lo que más me gustaba de Marcos era que hablaba poco. Mis amigas se ponían nerviosas con tanto silencio. Las veces que las acompañé, cuando Marcos se quedaba callado, ellas sacaban un tema. Cualquiera. Y él lo terminaba con dos o tres palabras. *Sí. No. Puede ser. No creo. Creo que sí.* Como si sus palabras fueran la tapa de un frasco y clic, él lo cerrara en cada frase. A mí me gustaba. Sobre todo porque yo hablaba todavía menos que él.

Cuando lo llamé a la semana siguiente me dijo que en ese momento estaba ocupado. Que estaba terminado un brazo. Así me dijo, que estaba terminando un brazo. Un cover. Que le había llevado más tiempo del que había pensado. Pero que al otro día tenía la tarde libre, que fuera.

No fui.

Era agosto y hacía mucho frío. Yo trataba de sentir el frío, de que se me metiera adentro del cuerpo. Me pasaba el día sin hacer nada, imaginando cosas sombrías. Todo había dejado de tener sentido. Desde lo más importante, hasta lo básico. Comer. Elegir las comidas para comer. Elegirlas por el sabor o porque no engordaban o por el horario en que se suponía debían hacerse. No alterar un orden. Nunca comer a la hora de la cena lo que había que comer en el desayuno. Todo era absurdo. Más que absurdo. Vestirse. Combinar los colores. O tal vez sí había un sentido en las cosas pero no alcanzaba para mantenerme con vida. ¿Para qué levantarse a la mañana? ¿Para qué ir al colegio y estudiar química? ¿Para qué esmerarme en escribir con letra clara para que la profesora de Lengua me entendiera? ¿Qué podía entender mi profesora? Años de escribir con letra prolija carpetas absurdas que irían a parar adónde. Adónde. ¿Qué sentido tenía poner tanto empeño en cosas como esas? ¿Hacían alguna diferencia? ¿Algo de lo aprendido me iba a evitar el dolor? ¿Había algo que pudiera hacer para no morir? Entonces, ¿para qué? ¿Para qué? Daba lo mismo.

Todo el mundo pensaba que yo era un poco rara. Mis amigas. Mis profesores. No lo decían así, decían que yo era reservada, introvertida, madura. Madura. Siempre me causó gracia esa expresión. No sé por qué pero me llevaba directamente a la imagen de una papa podrida.

No me dejaban sola ni un momento. Mis amigas. Sobre todo Ema, que se mudó conmigo el mismo día en que murió mi papá.

Pero yo estaba sola. Me había quedado sola. Eso era lo que no entendían. Por más que me rondaran como moscas, por más ruido que hicieran a mi alrededor, yo seguía estando sola.

El fin de semana me llamó Marcos. ¿Qué me había pasado? Me dijo que me había estado esperando y que había encontrado algunos diseños que podían interesarme.

¿Venís a verlos?

Le dije que era sábado.

No hay problema, me dijo.

Fui.

Era una tarde gris.

La casa de Marcos no tenía muebles.

Me llevó hasta su computadora y me mostró lo que había encontrado. Varios diseños diferentes del mismo pez.

Un pez koi. Me parece que este podría ser un buen tatuaje para vos.

Casi todos los diseños tenían mucho color. Algunos también tenían flores. Flores rosadas con los centros amarillos, flores de loto. Y trazos azules de agua.

El pez koi es fantástico. Mirá, leé.

Leí que el verdadero nombre del pez koi es *nishikigoi* que significa "carpa ondulada". Era un pez dorado, naranja, blanco, rojo. Uno de los tatuajes más populares en el Japón.

Son tatuajes simbólicos muy poderosos. Los peces koi siempre nadan contra la corriente. Aguas arriba. Saltando por encima de las cascadas.

Significan "coraje, resistencia". Y también son un símbolo muy fuerte de amor.

Coraje.

Resistencia.

Mientras Marcos me hablaba sobre el pez koi, había dejado en la pantalla de su computadora la imagen de la espalda de una mujer japonesa. Supongo que era japonesa. Se veía su pelo negro recogido en un rodete sujetado por un palito. Se veía su cuello blanco y largo, la oreja sin aros y una parte del mentón. Y se veía la espalda, larga también y blanca, surcada por cinco peces koi. Las colas y las aletas de los peces eran tiras de gasas de colores. La espalda parecía un cuadro.

Me quedé mirando la imagen un rato largo. Los peces koi que subían y bajaban por la espalda blanca.

Ahí no nadan todos para arriba, le dije a Marcos.

Es que esa espalda tiene corrientes encontradas.

Corrientes encontradas. Como yo. Quería vivir y quería morir.

No sé. No estoy segura de que sea esto lo que quiero...

Me interrumpió y me dijo algo lleno de pausas. Las frases se desarmaban igual que las aletas de los peces koi.

No lo conocí a tu viejo..., personalmente no lo conocí, quiero decir. Pero no sé... me pareció que nada..., que el pez koi simboliza el coraje contra la adversidad. Y también la belleza. Porque lo que hacía tu viejo era hermoso...

Sí, era hermoso.

Me quedé un rato en silencio, pensando.

No importa, me dijo Marcos arrancándome del lugar adonde él me había metido. No tenés que decidirte hoy.

Me dijo que tomáramos un té.

Vení.

Nos sentamos en dos sillas distintas que Marcos trajo de la cocina. Las acomodó frente a un ventanal que daba a un patio de dos por dos en el que había un solo árbol pelado.

Un fresno al que se le habían caído todas las hojas.

Un fresno con una gran copa de ramas y ramitas que se tocaban.

Me hizo acordar al mapa que dibujan las neuronas, extendiéndose unas hacia otras.

La tarde estaba gris, el árbol estaba sin hojas, pero lo que se veía detrás del vidrio sucio no era triste para nada.

Era hermoso. De alguna manera era hermoso.

Marcos esperó a que yo sacara el saquito de té del tazón que me había dado para usarlo en el suyo. Le gustaba el té bien liviano.

Los dos mirábamos el árbol.

Un mapa cerebral o neuronal. Un mapa en el que aparece toda esa red de largos filamentos, hilitos quebradizos que se unen, se conectan entre sí. Y entonces la neurona se ilumina. Un encuentro.

O caminitos ciegos, de topos o de lombrices. Topos que cavan caminitos indecisos, dudosos. Y de pronto se encuentran, sin querer, sin plan anterior.

Dos trompas de topos.

Después de un rato, como si lo hubiera estado meditando o se hubiera acordado de golpe, se sacó la mitad del buzo y de la remera para mostrarme el brazo.

Me mostró un dibujo en negro sin terminar. Era la silueta de un pez koi con una esfera en la boca. Se lo estaba haciendo él mismo.

La esfera es la abundancia.

En ese momento entró la novia de Marcos. Él se volvió a poner el buzo.

Le estaba mostrando el tatuaje a Amparo, le explicó a su novia, que no había preguntado nada.

Era muy alta y muy rubia. Y tenía una inquietud en todo el cuerpo. Algunos movimientos parecían tics. La risa, por ejemplo. Se reía todo el tiempo. Yo no sabía que las personas podían reírse todo el tiempo.

Cuando entró no saludó. Nos miró sentados frente al ventanal y dijo que afuera estaba horrible, que en cualquier momento se largaba a llover.

Traía un paquete. Pasó directamente a la cocina, seguro que a dejar el paquete, y recién después volvió y le dio un beso en la boca a Marcos. A mí me hizo un gesto que pareció un saludo.

Dije que ya me iba.

Quedate, no hay problema, dijo ella.

No, mejor me voy porque en cualquier momento se larga a llover, es verdad.

Marcos me acompañó hasta la puerta.

No me dijo nada.

Yo tampoco.

Mi mamá se fue cuando yo tenía dos años. No tengo ningún recuerdo de ella. Algunas fotos, nada más.

A veces tenía la impresión de que recordaba algo. Pero no, eran cosas que hilvanaba a partir de las imágenes que veía. Reconstruía las situaciones del momento en que se tomaron las fotografías.

Me gustaban mucho las fotos. Aun las más preparadas tenían algo de espontáneo que se le escapaba al que las sacaba. Me gustaba buscar eso. Eso que aparecía y que nadie había previsto.

Tenía dos enormes cajas llenas de fotos. No me gustaban los álbumes. Me gustaba guardarlas en cajas. Cada tanto las mezclaba como si fueran naipes. Después esperaba un tiempo y las volvía a mirar. Me gustaba esa expectativa, la sensación antes de repartir los naipes. Ver qué tocaba.

Había una foto que me gustaba mucho. Estábamos las dos solas, mi mamá y yo. En el patio de la misma casa donde yo seguía viviendo.

Yo estaba llorando porque me acababa de caer. La boca abierta me ocupaba toda la cara y mi mamá corría hacia mí con los brazos abiertos como si fuera a levantarme del suelo.

No sé qué fue lo que hizo. La imagen no registraba eso. Registraba el gesto de mi mamá. Su cara, sus brazos, su cuerpo inclinado hacia adelante como buscándome. Parecía que yo era algo querido y frágil y que ella tenía miedo de que se hubiera roto.

Cuando tenía diez, once años, esa foto estaba en un portarretratos en mi mesa de luz.

En esa época tenía una especie de enojo, de resentimiento hacia mi papá. No sé de qué lo culpaba. Pero sentía que si mi mamá no estaba ahí, conmigo, era por él. Después entendí que no. Que mi mamá se fue porque sí.

Según mi papá, se fue tres días después de que cumplí dos años. Nunca más supimos nada de ella. Nunca supimos si había muerto o si seguía viva. Nunca nos llamó. Nunca mandó una carta.

Yo la imaginaba en Bangkok. No sé si alguna vez mi papá habrá dicho algo para que yo pensara así o si eran cosas mías. Creo que tampoco nunca busqué Bangkok en un mapa. Para mí, Bangkok sonaba lejano y exótico. Y creo que yo necesitaba pensarla allá, envuelta en telas magníficas, bailando. No sabía por qué la imaginaba bailando. Pero mi cabeza de niña la imagina así, como una especie de Sherezade que para mantenerse con vida no podía dejar de bailar, allá en el lejano Bangkok.

[Antes de que mi papá muriera le hice prometer que no intentaría buscarla.]

Entonces Ema se mudó a mi casa. Era la hermana soltera de mi papá. La única hermana.

Mi única familia.

Ema estaba preocupada por mí. No le gustaba el muchacho de las trenzas, como decía ella. Pero la verdad no era Marcos quien le preocupaba. Le preocupaba que me pasara las horas encerrada en el estudio de mi papá mirando sus cuadros.

Mi papá era paisajista. Pintaba el lugar donde vivíamos. La pampa. La llanura. La nada.

Una vez un crítico de arte alemán escribió sobre un cuadro de él. *Horizonte*, se llamaba el cuadro. Y dijo algo que me quedó grabado. Dijo que nadie podía cargar la nada de tanto significado como mi papá en ese cuadro.

Y también habló acerca del manejo del color en ese horizonte violeta que él había pintado.

Mi papá veía a través de las cosas. Él decía que podía ver la médula de las cosas. Y que la médula de las cosas siempre es de un color diferente del que ven los ojos.

Si hubiera visto el fresno sin hojas de la casa de Marcos estoy segura de que lo hubiera pintado. Y a mí me hubiera gustado saber de qué color era la médula del fresno para él.

A Ema le preocupaban mi tristeza y mi silencio.

Ayer me preguntó qué buscaba en el estudio de mi padre.

Y yo le dije que lo estaba buscando a él.

Tengo que encontrarlo antes de que se vaya.

Ema dejó los brazos colgando al lado del cuerpo y me miró con los ojos llenos de desesperación.

Ya se fue, Amparo, mi amor.

Le dije que no, que tenía que encontrar la médula de mi papá para tatuármela en el cuerpo. Para que no se fuera.

Para que esté siempre conmigo.

Ema no entendió lo que le dije. Siguió con los brazos colgando y con los ojos desesperados.

Le dije que no tuviera miedo, que no iba a suicidarme.

Entonces sus brazos revivieron, me agarró la cara con las dos manos como si fuera un bebé y me dio un beso en la frente.

siquiera yo, que todavía no sabía qué era lo que buscaba. Eso que buscaba estaba en una parte de mí que yo no conocía. Era una situación confusa y clara al mismo tiempo. Y lo más raro era que el que tenía que ayudarme en esa búsqueda de algo era Marcos. Un extraño. Alguien a quien un mes antes yo apenas conocía de lejos, de afuera. Probablemente era lo normal entre tatuador y cliente. Pero para mí era una situación nueva y me inquietaba que un extraño me grabara en el cuerpo algo profundamente mío. ¿Y si se equivocaba? Lo odiaría. Seguro que lo odiaría.

Sin embargo, tenía que confiar en él. Tenía que confiar en un extraño. Entregarme y dejarlo hacer. Y si se equivocaba iba a odiarlo por el resto de mi vida. Él sabía eso. Era un alivio que no tuviera que decírselo. Era un alivio que no tuviera que decirle que le agradecía que no me mostrara ni corazones, ni nombres entrelazados, ni signos del zodiaco, ni los delfines y las lagartijas que estaban de moda. Era un alivio que supiera que yo buscaba otra cosa.

Enchufó la estufa, cerró la puerta y el cuarto, que era muy pequeño, se templó enseguida.

Me saqué el pulóver y me acosté boca abajo en la camilla.

Esta vez no va a doler.

No me pidió permiso ni nada. Con la punta de los dedos fríos me corrió el bretel del corpiño y apoyó su mano helada en mi omóplato derecho.

¿Acá?

Y enseguida llevó la mano hacia abajo, a la base de mi espalda.

¿O acá?

Yo le dije que donde a él le pareciera mejor.

No volvió a poner el bretel en su lugar. Apoyó el papel carbónico abajo, en mi espalda y lo fue rayando con una cuchara hasta que el diseño pasó del carbónico a mi piel.

Era un diseño suyo. Duró unos pocos segundos.

Mirate, me dijo.

Me acomodé el bretel del corpiño y bajé de la camilla. Como el espejo estaba alto, tuve que subirme a la banqueta giratoria para alcanzar a ver el tatuaje. Tenía que hacer equilibrio así que Marcos me sostenía las piernas.

Con un espejo chiquito me miraba en el espejo grande de la pared. Era una mariposa. Un diseño muy estilizado, apenas unas líneas negras. No podía odiarlo. No iba a poder odiarlo.

Mientras miraba la imagen del espejo, mis piernas, Marcos abrazando mis piernas, la nuca de Marcos, las rastas oscuras de Marcos, su espalda cubierta por su camiseta negra de mangas cortas, el pez koi de su brazo derecho sosteniendo mis piernas, coraje, resistencia y una mariposa surgiendo del fondo de mi espalda, Marcos no paraba de hablar.

Era la primera vez que lo escuchaba hablar así.

Casi todas las culturas se han tatuado mariposas. Tienen un impacto visual y simbólico muy fuerte. Hay miles de diseños: realistas, tribales, conceptuales. Las mariposas son el símbolo de la existencia efímera de la naturaleza. Su belleza está ahí. Algunas mariposas viven solo tres días. También son el símbolo de la transformación. La metamorfosis de la oruga. El cambio. Todo eso, la transformación. Vos sos como la mariposa. Vos, tu papá, yo.

Me gusta mucho, lo interrumpí.

Y recién entonces Marcos tomó aire y respiró.

Es un diseño realmente hermoso, le dije, bajándome de la banqueta giratoria, todavía con el espejo en la mano.

Los brazos de Marcos me liberaron las piernas pero, cuando pisé el suelo, me apretaron la cintura. Me acercó a él. Me clavó los ojos negros. Y con el mismo tono de alguien que tiene que decir algo que no quiere o que tiene que dar una mala noticia, con ese pesar, me dijo:

No sé qué me pasa con vos, Amparo.

Marcos tenía diecinueve. Su novia era mayor que él. Yo no había cumplido los dieciséis pero lo entendía. Yo tenía quince pero era madura como una papa podrida.

Te juro que no entiendo qué me pasa con vos.

Me dio un beso en el hombro, al lado del bretel que un rato antes me había corrido.

Marcos había estado cerca. Realmente cerca. Cuando volví a mi casa me encerré en el baño y me desnudé. Me quedé mirando esa mariposa de mi espalda hasta que me dolieron los ojos, hasta que me largué a llorar, hasta que me metí en la ducha, hasta que me pasé la esponja y la borré por completo.

Marcos tenía razón, la mariposa era yo. Yo era frágil y efímera. Yo era la pupa que se transformaba. Y esa metamorfosis era insoportable. Yo-pupa estaba envuelta en la muerte, en el dolor infinito de la muerte de mi padre. Yo-pupa había ido a buscar a Marcos para que me grabara ese dolor en la piel. Para no olvidarlo nunca. No podía transformarme en mariposa. No debía transformarme.

Debía nadar contra la corriente como el pez koi. Resistir. Sin embargo, algo había hecho Marcos para que yo quisiera ser mariposa. Y vivir tres días o tres mil.

[Marcos había estado cerca. Igual que mi papá, él podía ver a través de las cosas. El color de la médula de las cosas. Y había visto mi color. Me había visto a mí. No a mi padre. Y yo quería tatuarme a mi padre antes de que se fuera, por eso no podía ser mariposa.]

Por un mes no volví a verlo. Necesitaba que la confusión que me andaba por dentro se fuera aclarando un poco.

A veces uno podía estar con alguien todos los días, todas las horas, todos los segundos y que no pasara nada. Que nada se moviera. Nada se modificara. Y a veces, aunque no vieras a alguien, aunque no estuvieras todo el tiempo en contacto, igual sentirte cerca. Que te pasaran cosas con esa persona. [Marcos había hecho que muchas cosas se movieran dentro de mí.] En ese mes pensé mucho.

Estuve horas encerrada en el estudio de mi papá. Busqué fotos, revisé estantes, leí notas y encontré libros que me interesaron.

Uno de ellos era de Berger, un escritor inglés. Mi papá había pintado con acuarela roja las partes que más le habían gustado. A mí también me gustó.

Antes de florecer, el cáliz verde de la amapola es duro como la cáscara de una almendra. Un día esta cáscara se abre. Tres trozos verdes caen al suelo. No es un hacha lo que la abre, simplemente una bola retorcida de pétalos finos como membranas y arrugados como trapos. A medida que se van desarrugando, el color de los trapos cambia del rosa neonatal al escarlata más chillón que se puede

pos 67

encontrar en los campos. Es como si la fuerza que abre el cáliz fuera la necesidad de este rojo de hacerse visible y de ser visto.

Le saqué una foto. Era hermoso lo que decía y era hermoso el color de la acuarela. Me hizo acordar a un dibujo de la carpeta de Marcos. Uno de una almendra con un brote verde. Además, algo de eso que decía Berger tenía que ver con Marcos y también conmigo.

A principios de septiembre, Marcos fue a mi casa cuando yo estaba en el colegio. Habló con Ema.

Vino el chico de las trenzas. Me dejó esto para vos.

Era una libreta de tapas celestes. Adentro, en un pape-
lito suelto, había una nota.

Esta libreta es muy especial para mí. Los dibujos que vas a ver los hizo Gauguin. Es una larga historia que ya te contaré. Me parece que es lo que estás buscando. Un beso. M.

Era una libreta mediana y finita. Apenas vi los dibujos supe que ahí estaba el tatuaje que quería hacerme.

Marcos no se había equivocado. Era exactamente lo que estaba buscando.

Lo llamé al celular.

[Me dijo que en esa libreta estaba la historia de amor de su tatarabuela Taia y de Paul Gauguin.] Que esa historia de amor era también la historia de un tatuaje. El malu. El tatuaje de las mujeres samoanas.

Me dijo que lo que mostraban los dibujos eran los tatuajes de las piernas de Taia. Las estrellas del mar y las estrellas del cielo.

No pude seguir hablando porque me largué a llorar.

Esas estrellas eran las luces de las luciérnagas.

De golpe se me vino encima la noche en que mi papá me dijo que se estaba muriendo. Estaba lleno de luciérnagas. Era hermoso.

Todo quedó atado en el mismo nudo. Lo más hermoso y lo más terrible. Esa noche fue la última vez que vi a mi papá con vida. A partir de esa noche empezó a morir. Ese fue el momento en que se dobló la hoja y todo empezó a ser cuesta abajo.

Mi papá era esa noche llena de luciérnagas. Ese era el papá que quería tatuarme. No el que siguió, el del dolor, el de la agonía.

No me había dado cuenta de todo esto hasta que vi los dibujos de la libreta celeste.

Me llenó de calma haber encontrado la manera de grabarme a mi papá en el cuerpo. Fue como si algo dentro de mí se hubiera acomodado definitivamente.

Marcos había dejado a la novia. O la novia lo había dejado a él. No me lo dijo. Una tarde, a fines de septiembre, le toqué el timbre.

Le devolví la libreta celeste y lo besé y le dije *gracias*.

Es exactamente eso lo que quiero tatuarme.

Marcos hizo sus propios diseños a partir de los dibujos de Gauguin. Unos pequeños ángulos que parecían pájaros volando o estrellas o medusas o luciérnagas.

El primer día de octubre me mandó un mensaje al celular.

Tengo tu espalda en mi cabeza.

En el costado izquierdo de mi espalda, el lado del corazón, donde dicen que están los sentimientos, Marcos

me tatuó una hilera de estrellas-luciérnagas. Desde el omóplato hasta debajo de la cintura. Esta vez sí dolió.

El diseño que había recreado Marcos era etéreo y a la vez intenso.

Me gustaba. Sin embargo, durante el tiempo que duró el proceso del tatuaje tuve una sensación de vértigo. Marcos estaba tatuando mi espalda para siempre.

Si se equivocaba lo odiaría. Pero no me quedaba más remedio que confiar en él. Tenía que entregarme y dejarlo hacer.

Me acosté en la camilla y me entregué.

No lo odié.

Me entregué y no lo odié.

Nunca.

AGRADECIMIENTOS

El proceso de escritura de una novela suele ser largo y sinuoso. Por eso quiero agradecer a todos los que con su atenta lectura me acompañaron durante ese tiempo.

A Alma Maritano, Raquel Bianco, Silvina Tamous, Marcela Atienza, Ana Lucía Salgado, Pablo Ramos y Pablo Colacrai. A mis editoras, Laura Leibiker y Daiana Reinhardt, que siguieron leyendo lo ya leído y me ayudaron a ajustar los nudos o a desatarlos cuando era preciso.

Y muy especialmente quiero agradecerle a Tati, que me escucha hablar de los personajes como si fueran del barrio, y misteriosamente sabe cuándo tiene que contestarme y cuándo no.

Tatuajes

Sandra Siemens



Una novela y una pregunta: ¿qué lleva a las personas a hacerse marcas en el cuerpo que duren para siempre? Hacia algunas respuestas nos llevan Paul Gauguin, que esboza en una libreta los dibujos de las piernas de Taia, una joven de la Polinesia; Eloy, pequeño escucha de las experiencias de su abuela, que logra acercarse a ella y a su legado por medio de las tintas; una valija de madera que definirá la vocación de Marcos y el diseño que Amparo elegirá para llevar consigo el recuerdo de su padre.

Tatuajes: marcas imborrables en el cuerpo. A veces, amenazas para los que miran; a veces, historias impresas en la piel.

Norma

www.kapelusznorma.com.ar

CC 29005965
ISBN 978-987-545-613-6

